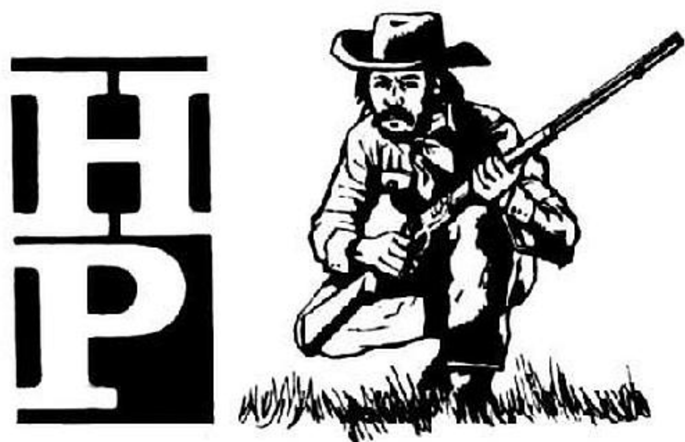


LA ORDEN FUE: ¡MATAR!

Keith Luger



HEROES DE LA PRADERA





Keith Luger

LA ORDEN FUE: ¡MATAR!

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 550
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 15856-1980

Impreso en España -Printed in Spain

3ª edición: julio, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

NOTICIA PARA EL LECTOR

Esta novela está basada en un hecho histórico, recogido por William P. Carson, en su libro Curiosidades y extravagancias de la Administración de Justicia del Estado de Texas. (Austin, 1892). El autor de este libro, William P. Carson, era justamente hijo de George Carson, sheriff del condado de Grave Hill cuando ocurrió el suceso que durante décadas interesó a todas las gentes de Texas. Nosotros esperamos que también interese al público de hoy.

El Autor

CAPÍTULO PRIMERO

Milton Lewis se llevaba el vaso de *whisky* a los labios cuando sonó un chasquido en la ventana al que siguió un estrépito de cristales rotos y algo golpeó contra el suelo de la habitación.

Milton se encontraba a solas en la estancia y sintióse sacudido de la cabeza a los pies. Miró a la ventana. Era de noche. Luego oyó a lo lejos una cabalgada.

La mano con que sujetaba el vaso empezó a temblar, y de pronto arrojó éste y echó a correr hacia la puerta.

—¡Tom! ¡Ven aquí, Tom!

Dio un tirón de la puerta, abriéndola, y por el vestíbulo vio correr al capataz que acudía a su llamada.

—¿Qué pasa, señor Lewis?

Milton se echó sobre él tomándolo por los brazos, los ojos agrandados por el terror.

—¡Otra vez…! ¡Ha ocurrido otra vez, Tom!

—No he oído nada.

—Fue hace un instante. Yo estaba dentro y de pronto… —Lewis se interrumpió pasándose la mano por la cara—. Ahí está la maldita carta… La he visto atada a la piedra que ha roto los cristales.

Tom Melville empujó a su patrón hacia el interior de la estancia y, una vez dentro, los ojos de los dos hombres se detuvieron en el objeto que había en la alfombra.

—Cógelo, Tom —dijo Lewis—. Yo no podría.

El capataz se agachó, cogiendo el mensaje y dio un fuerte tirón del cordel que lo mantenía atado a la piedra.

Milton Lewis retrocedió dos pasos.

—¿Qué es lo que dice, Tom?

El capataz desdobló el papel y leyó en voz alta:

«Sólo avisaré una vez más, señor Lewis. Le quedan muy pocos días de vida. Solamente puede arreglarlo de una forma, si quiere seguir viviendo Devuélvame el rancho Doble Barra que su padre robó con malas artes al mío».

«Pat Mac Cloy».

El capataz alzó los ojos del papel y vio cómo Milton Lewis se acercaba rápidamente a la mesa y volcaba la botella de *whisky* en un vaso, cuyo contenido bebió de un trago. Luego, con la respiración jadeante, exclamó:

—Ese hombre está loco, Tom.

—Es lo que yo digo, y por eso no debe concederle importancia.

—Lo mismo dijiste la primera vez hace una semana, cuando llegó la primera carta.

—Pat Mac Cloy sólo pretende asustarlo, señor Lewis.

Milton paseó por la estancia, nervioso, apretándose fuertemente las manos.

Se detuvo mirando a su capataz.

—Ya sé lo que vas a hacer.

—¿El qué?

—Quiero que venga el *sheriff*. Le mostraré las dos cartas y él se ocupará de Mac Cloy. La ley castiga las amenazas. Carson es un buen amigo y sabrá comprender. Seguro que encierra a Mac Cloy por una temporada, sin importarle que esté o no loco.

—Vi a Mac Cloy hace cosa de dos semanas, cuando pasé por su cabaña en el Valle del Ahorcado. Le aseguro que estaba mal de la cabeza. Lo llamé y no me respondió. Se hallaba sentado en una roca, con la mirada fija en el suelo.

—Estará todo lo loco que quieras, pero lo cierto es que ya se ha llegado dos veces al rancho para arrojarme esas cartas por la ventana. No estoy dispuesto a soportarlo más, Tom. Di a uno de nuestros hombres que vaya a Grove Hill y que me traiga al *sheriff*. ¿Lo entiendes? Es una orden.

—Corriente, señor Lewis. Ahora mismo enviaré a uno de los muchachos.

El capataz se dirigió a la puerta, pero antes de salir volvió la cabeza observando a su patrón, el cual se estaba escanciando una

buena ración de *whisky*.

Lewis se sentó en un sillón y durante un rato se entretuvo en rebajar el nivel de la botella. Al cabo de unos minutos regresó el capataz.

—¿Has enviado ya el recado? —inquirió Milton.

—Sí, señor Lewis. Dentro de una hora estará aquí el *sheriff*.

—Me va a parecer eterna.

—No tiene que preocuparse. Yo estaré todo el rato con usted. Además, el propio Mac Cloy dice que aún dará otro aviso.

—¡No me lo recuerdes, Tom! —exclamó Lewis con los ojos muy abiertos.

—Lo siento, señor Lewis.

El tiempo fue transcurriendo lentamente. Lewis se estremecía cada vez que a lo lejos se oía el aullido de un coyote.

—Tom —dijo de pronto deteniendo los ojos en la cara del capataz— te dije que establecieses una buena guardia alrededor del rancho.

—Es lo que hice.

—Sin embargo, Mac Cloy ha llegado hasta la casa y ha podido arrojar su segunda carta por la ventana.

—Seguramente, alguno de los muchachos se descuidó.

—¡Malditos sean todos…! Eso sólo prueba una cosa. Mac Cloy podrá matarme cuando quiera…

—Olvide eso, señor Lewis.

—¡No puedo olvidarlo! ¡Se trata de mi piel!

—A partir de ahora, redoblaremos la vigilancia.

Lewis tomó la botella y vio que había acabado con la última gota de *whisky*.

—Tráeme otra botella, Tom, pero date prisa.

—Sí, señor. Ahora mismo la traigo.

El capataz salió nuevamente de la habitación.

Milton se puso nuevamente a pasear, pero de pronto se detuvo al oír ruido de pasos detrás de la puerta.

Retrocedió alejándose hacia la mesa que había al fondo.

—¿Quién está ahí? —preguntó con voz temblorosa.

No hubo respuesta, pero los pasos siguieron avanzando.

El ranchero movió la mano y sacó el revólver de la funda, pero se quedó asombrado al ver cómo el arma se estremecía en su mano.

Mordióse con fuerza el labio inferior hasta sentir el sabor acre de la sangre.

—¿Quién está ahí?

El tirador empezó a girar y la puerta se abrió con un chasquido.

Milton Lewis levantó el revólver para disparar, pero había seguido retrocediendo, y sus piernas chocaron contra un sillón y se derrumbó lanzando un grito.

—La cena está servida, señor Lewis —dijo una voz.

Milton vio en el umbral la figura de Eneas, el criado negro. En los primeros momentos sintió deseos de meterle una bala en el cuerpo, pero luego se dijo que estaba muy nervioso.

—No voy a cenar esta noche, Eneas.

—Mammy ha preparado el pollo como a usted le gusta señor Lewis.

—¡He dicho que no voy a cenar! ¡Lárgate de una vez!

El negro balbuceó unas palabras de excusa y se marchó cerrando tras de sí.

Milton se dio cuenta de que todo su cuerpo estaba transpirando sudor. Devolvió el revólver a la funda y se enjugó la cara con un pañuelo.

La puerta se abrió de golpe y dio un respingo. Al ver a Tom sintió una gran ira contra él.

—¿Por qué no has llamado? ¿Es que todos os habéis puesto de acuerdo para asustarme?

—Perdoné, señor Lewis, creí que me estaba esperando —el capataz dejó la botella sobre la mesa.

Milton la cogió ávidamente y la descorchó llenando un vaso hasta lo alto.

—Voy a darme una vuelta por fuera —oyó decir al capataz.

—No, Tom. Te vas a quedar aquí.

—Como quiera, señor Lewis.

Al cabo de un rato, el alcohol hizo efecto en Lewis, quien empezó a reír.

—¿Qué te parece eso que dice Mac Cloy? Mi padre robó el rancho al suyo… Eso es una estupidez. ¿Qué culpa tengo yo de que los Lewis hayan sido más listos que los Mac Cloy?

El capataz se limitó a asentir con la cabeza.

Al cabo de un rato se oyó una fuerte, galopada.

—Bien —dijo Lewis—, ya tenemos aquí al *sheriff*.

George Carson, el representante de la ley en Grove Hill, entró en la estancia.

—Buenas noches, señor Lewis. Su peón me dijo que el asunto era urgente y no me entretuve en venir aquí.

—Me quieren matar, *sheriff* —exclamó Lewis, saliendo al encuentro de Carson.

Éste frunció el ceño.

—¿De qué está hablando, Lewis?

—Se trata de Mac Cloy. Le daré a leer las dos cartas que me ha enviado, y usted sacará las consecuencias.

El *sheriff* leyó los dos mensajes que Milton había recibido a través de la ventana, y los guardó en el bolsillo.

—Le diré mi opinión, señor Lewis. Es muy posible que Pat Mac Cloy esté resentido contra usted, pero al propio tiempo, no dudo que sólo quiere asustarlo.

—Lo mismo dice Tom, pero yo no estoy conforme. ¿Es que no voy a poder a vivir en paz?

El *sheriff* se rascó el cogote.

—Está bien, Lewis. Si usted lo quiere, puedo ir a detener a Pat Mac Cloy.

—¿Cuánto tiempo lo va a tener encerrado?

—Supongo que el juez Jackson le impondrá una pena de seis o siete días.

—No es suficiente.

—Jackson tendrá en cuenta el estado de Mac Cloy. Todo el mundo sabe que está algo mal de la cabeza…

Y el propio juez considerará que Mac Cloy no llevará a cabo su amenaza. De todas formas, apuesto a que con los seis o siete días de encierro, Pat Mac Cloy decide no enviarle más cartas de esta clase.

—Supongo que acertará, *sheriff*.

—Esté seguro, señor Lewis. He traído conmigo a mi ayudante, de modo que de aquí nos iremos a la cabaña de Mac Cloy y lo conduciremos a la ciudad.

El ranchero dio un suspiro de alivio.

—De acuerdo, *sheriff*. Cumpla la ley.

George Carson hizo un saludo con la mano, e inmediatamente salió de la estancia.

Milton Lewis se echó a reír mientras se escanciaba más *whisky* en el vaso.

—Bueno, Tom. Creo que se me ha ocurrido la mejor idea. Por fin, ese maldito Mac Cloy dejará de amenazarme.

En ese instante se oyó la cabalgada del *sheriff* y su ayudante, que iban camino de la cabaña de Pat Mac Cloy.

—¿Puedo marcharme ya, señor Lewis? —dijo el capataz.

—Sí, Tom; puedes irte.

Poco después salía de la casa encaminándose a una de las naves que había a la izquierda. Entró en una de ellas que estaba completamente a oscuras y, una vez llegado al fondo, retiró unos sacos y abrió una trampa que había en el suelo. Ante sí vio una escalara que conducía a la cueva.

Bajó al fondo. Alrededor de una mesa se sentaban tres hombres, dos de los cuales se levantaron. El más alto preguntó:

—¿Qué tal va el negocio, Tom?

—Ha salido perfecto. Enseguida nos pondremos manos a la obra —el capataz observó al tercer hombre que seguía sentado.

Era un grandullón de cabeza enorme y ojos extravíanos que miraban a un punto fije.

—Hola, Mac Cloy —dijo el capataz.

Capítulo II

Pat Mac Cloy giró la cabeza moviendo los ojos muy lentamente, hasta detenerlos en la figura de Tom Melville, el capataz del Doble Barra.

—Quiero irme a mi casa.

—Irás enseguida, Mac Cloy.

—Llevo mucho tiempo aquí, ¿verdad, señor Melville?

—Dos días no es mucho tiempo, Mac Cloy, y ya vas a terminar.

—¿Para qué me trajo aquí, señor Melville?

—Vas a cumplir tu venganza.

—No sé de qué me habla, señor Melville.

—¿Sabes dónde estás, Mac Cloy?

—No lo sé. Esto parece una cueva.

—Sí, Mac Cloy, es un escondite con doble salida. Tú entraste por el agujero que está cerca del río, y justamente has ido a parar al rancho Doble Barra.

Las manos de Mac Cloy se crisparon sobre la mesa.

—¿Doble Barra?

—Sí, Mac Cloy, el rancho del cual tú debías ser el dueño, pero no es así porque el Doble Barra pertenece ahora a los Lewis.

—Mi padre lo vendió a Norman Lewis.

—Sí, Mac Cloy. Tu padre lo vendió, pero fue porque Norman Lewis le hizo la vida imposible. ¿No te lo contó tu propio padre? Norman Lewis le secaba los pozos, le robaba el ganado… y cuando John Mac Cloy llegó, a estar en la miseria, no tuvo más remedio que vender su hacienda a Lewis.

Mac Cloy cerró los puños y entonces Tom Melville se inclinó sobre la mesa.

—¿Lo oyes, Mac Cloy…? Estás en el rancho Doble Barra. Yo soy

tu amigo y te he traído aquí para que puedas hacer justicia.

—No lo comprendo.

—Vas a matar a Milton Lewis.

—¿Matarlo…?

—Sí, Mac Cloy. Yo te daré un revólver y te conduciré a donde él está y, cuando estés delante de Lewis, le meterás el cargador en el cuerpo.

—¿Yo, señor Melville?

—Sí, Mac Cloy. Tú.

—No… No puedo hacer eso… No puedo matar a un ser humano.

El capataz arrimó mucho la cara a la de Mac Cloy.

—Escúchame, Pat. Tú eres un pingajo y eso se lo debes a Lewis. Debías ser el dueño del Doble Barra. ¿Lo entiendes? Sólo tienes que matar a Lewis para que la hacienda vuelva a ser tuya.

—Me prenderán… Me acusarán de su muerte… ¿Cómo voy a ser el dueño del rancho Doble Barra?

El capataz soltó una maldición para sus adentros. Mac Cloy no parecía estar tan loco.

—Óyeme, Pat. Yo me ocuparé de todo eso. Diré que fue en legítima defensa… Y luego, ya inventaré una fórmula para que tú recuperes lo que es tuyo.

Mac Cloy guardó silencio y entonces uno de los hombres que estaban detrás del capataz habló:

—Déjanos que le peguemos una paliza, Tom. Se pondrá más suave que un guante y entonces te obedecerá.

—Cállate, Ray. No es asunto tuyo.

—Sólo quería ayudarte.

Pat Mac Cloy había fruncido el entrecejo.

—¿Qué es lo que dice ese hombre, señor Melville?

—No le hagas caso —repuso el capataz, apretando los labios con fuerza—. Yo soy tu amigo y sólo has de fiarte de mí. Milton Lewis es nuestro enemigo y lo vamos a eliminar. Luego, entre tú y yo, haremos grande el Doble Barra. El rancho volverá a ser lo que era cuando vivía tu padre, antes de que Norman Lewis empezase a arruinarlo. Yo seré tu capataz, Mac Cloy… Acuérdate de todo el mal que os han hecho los Lewis. Tu hermano Johnny se despeñó una noche, después de emborracharse… Pero ¿por qué se emborrachó? Fue porque se puso a pensar en lo que Norman Lewis le había

hecho a tu padre. ¿Dónde vives tú, Pat? En una miserable cabaña, y todo el mundo te tiene por loco.

—Pero no estoy loco, ¿verdad, señor Melville?

—No, Pat. No estás loco y lo vas a probar matando a Milton Lewis.

—Sí, señor Melville. Tengo que matarlo para probar que no estoy loco.

Tom inspiró profundamente y alargó una mano hacia Ray.

—Dame un revólver, Harriman.

Harriman abrió una valija que había contra la pared y sacó un «Colt». Melville comprobó el funcionamiento del arma y se la entregó a Pat, cuyos ojos habían adquirido un brillo más intenso.

—Bien, Pat. Vamos a la casa.

Mac Cloy se levantó como un sonámbulo. Tom Melville lo cogió del brazo y ambos se dirigieron hacia la escalera.

Antes de emprender la subida, el capataz habló a sus dos hombres.

—Esperad aquí hasta que todo haya terminado.

Sus cómplices hicieron gestos afirmativos.

Una vez arriba, Melville cerró la trampa.

Al llegar a la puerta de la nave, el capataz se detuvo, observando los alrededores. Vio a un hombre paseando por un costado y esperó que doblase la esquina para empujar a Mac Cloy.

—Date prisa, Pat.

Movieron las piernas rápidamente y, una vez subieron al porche, Melville sacó una llave del bolsillo, que introdujo en el ojo de la cerradura.

Rápidamente, entraron en la casa. Al detenerse ante la puerta tras la que se encontraba el ranchero, Melville dijo:

—Está ahí dentro, Pat. No vaciles en apretar el gatillo.

—Sí, señor Melville.

El propio capataz abrió la puerta y cuando Pat se introdujo en la estancia cerró.

Casi inmediatamente oyó la voz de Lewis.

—¡No, Mac Cloy…! ¡No dispares! ¡Baja ese revólver!

—Usted es el dueño del Doble Barra. Y el rancho era de mi padre…

—El mío se lo compró al tuyo. No puedes matarme… Cometerás

un asesinato.

—Será en legítima defensa.

—¿De qué hablas? ¿Cómo va a ser en legítima defensa si yo no tengo ningún arma en la mano?

—El señor Melville lo dijo. Será en legítima defensa.

Tom sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—¿El señor Melville? —repitió con asombro Millón Lewis.

—Sí, señor Lewis. Melville y yo somos amigos. Yo seré el dueño y él será el capataz. Usted no tiene derecho al rancho y le voy a matar… Es un acto de justicia.

Tom abrió la puerta rápidamente y penetró en la habitación. Ante sí vio a Pat Mac Cloy con el revólver apuntando a Milton Lewis, el cual estaba de pie ante un sillón con un vaso de *whisky* en la mano.

—¿Qué estás esperando, Pat?

Milton abrió los ojos espantado.

—Ahora lo comprendo, Melville. Tú eres el asesino. Todo ha sido una confabulación tuya…

—Sí, maldita sea… Le odio con todas mis fuerzas. Le odio desde siempre… Me ha tratado como un simple criado, como si yo fuese un cualquiera… ¿Qué estás esperando, Mac Cloy? ¡Dispara ya!

Pat Mac Cloy movió la cabeza.

—No, no puedo matarlo.

—¡Mátalo, maldito imbécil!

Pero Mac Cloy bajó el brazo armado.

—No puedo.

Melville desenfundó el revólver como una centella, loco de rabia y apuntando a Milton Lewis apretó el gatillo.

Oyéronse dos fuertes estampidos y Lewis se estremeció al recibir los proyectiles en el estómago.

El vaso resbaló de sus dedos, estrellándose contra el suelo.

—¡Tom…! ¿Qué has hecho, Tom?

Dio un traspié y se desplomó de rodillas.

El capataz contempló a su víctima, doblada la boca por una sonrisa infrahumana.

—Buen viaje, señor Lewis.

Milton lo miró con ojos vidriosos.

—Recibirás tu castigo…

—No, señor Lewis. Yo sé hacer bien las cosas.

Pat Mac Cloy estaba perplejo mirando al ranchero.

—¿Qué ha hecho, señor Melville? Lo ha matado.

—Tú debiste hacerlo, estúpido, pero da lo mismo. Ahora completaré mi obra.

Lewis gritó, desde el suelo:

—¡Cuidado, Mac Cloy! ¡Va a disparar sobre ti!

Pero Mac Cloy no acertaba a comprender qué pasaba allí. Melville le quitó el «Colt» de un tirón y utilizando esta arma apretó otras dos veces el gatillo.

Mac Cloy recibió los impactos en el pecho y fue arrojado hacia atrás con terrible violencia. Tendido en el suelo, trató de incorporarse, pero estaba herido de muerte y después de mirar al hombre que lo mataba dobló la cabeza expirando.

En algún lugar de la casa se oyeron voces.

Lewis se estaba sujetando el estómago con la mano derecha.

—¡Asesino…! —exclamó y luego se derrumbó sin vida, quedando con los ojos fijos en el techo.

Rápidamente el capataz se acercó a Mac Cloy y le puso en la mano el revólver de que se había servido para matar a Lewis.

Luego se retiró dos pasos junto a la pared manteniendo en la mano el revólver con el que había disparado contra Mac Cloy.

La puerta se abrió de golpe y Eneas, el criado negro y dos peones, entraron en la estancia.

—¡Cielo santo! —exclamó el negro a punto de desmayarse.

Los vaqueros volvieron la cabeza hacia el capataz.

—¿Cómo ha llegado a ocurrir? —preguntó uno de ellos.

—Me disponía a desearle buenas noches al señor Lewis cuando oí los dos disparos —contestó Melville—. Entré todo lo aprisa que pude y vi a Mac Cloy con el revólver en la mano. Intentó matarme también, pero yo fui más rápido.

Se oyeron cascos de caballos fuera y al cabo de un rato entró en la estancia el *sheriff* seguido de su ayudante.

—¡Infiernos! —exclamó el representante de la ley al ver los cadáveres—. Nunca pude imaginar que Mac Cloy llevase a cabo su amenaza.

—Desgraciadamente, yo no lo pude impedir —dijo el capataz y a continuación contó a Carson la misma historia que a los peones.

El *sheriff* se rascó por detrás de la oreja.

—Ha sido una verdadera tragedia. Cuando llegamos a la cabaña de Mac Cloy y no lo encontramos allí, empecé a pensar que quizá Pat no esperaría a avisar por tercera vez. Por eso decidí volver aquí.

El capataz miró el cadáver de Milton Lewis y dijo:

—Pobre señor Lewis… Descanse en paz.

CAPÍTULO III

Tom Melville entró en el despacho del juez Jackson, quien se levantó tendiéndole la mano.

—Le doy mi pésame, señor Melville. Todos sabemos en Grove Hill la fidelidad que siempre guardó a su patrón.

Melville se sentó en un sillón, dejando una valija a sus pies.

—Gracias, señor Jackson. Para mí ha sido un tremendo golpe. Figúrese. Llevaba seis años con el señor Lewis.

—Sí, es lógico que le tomase afecto. Por fortuna, usted castigó al culpable en el mismo lugar del crimen.

—No hubiese querido hacerlo, porque todos sabemos que Pat Mac Cloy estaba un poco desequilibrado. Sólo disparé porque se revolvió contra mí con ánimo de disparar.

—Lo comprendo, señor Melville. Usted se ha portado todo lo bien que ha podido. El pueblo se hace lenguas del magnífico entierro que ha tenido Milton Lewis y del emocionante réquiem que usted pronunció en el cementerio.

—Me salió del corazón, señor Jackson.

—Somos de barro —dijo el juez y ocupó su silla.

—He venido en cuanto usted me ha hecho llamar, juez.

—Naturalmente, usted se habrá imaginado que se trata del rancho Doble Barra.

El capataz se mojó los labios con la lengua.

—El abogado señor Bergman me informó, después del entierro, que según la Ley de Sucesiones del Estado, cuando el propietario de un rancho muere sin herederos, existe a favor del capataz de la hacienda una opción para adquirir por un ochenta por ciento de su valor real.

—Desde luego, Melville. Eso es cierto.

—Si el capataz renunciase a tal opción, los peones, por orden de antigüedad, podrían ejercitar ese derecho de preferencia…

—El señor Bergman le ha informado perfectamente.

—Según figura en el registro de Propiedades, el valor real del rancho Doble Barra es el de diez mil dólares, lo cual quiere decir que, si yo pago ocho mil dólares, seré el dueño del rancho.

El juez sonrió.

—Usted sabe que la cantidad que se asigna a un rancho en el registro de Propiedades no es la real. Por ejemplo: el rancho Doble Barra vale más de treinta mil dólares.

—Sin embargo, la ley es la ley.

—Sí, señor Melville.

Melville tomó la valija del suelo y la puso sobre la mesa.

—Aquí traigo los ocho mil dólares para comprar el rancho Doble Barra. Naturalmente, he tenido que pedir prestado el dinero a unos amigos, pero imagino que, en unos cuantos años de trabajo, podré restituirlo.

El juez Jackson cruzó los dedos de las manos, apoyando los codos en la mesa.

—No va a tener que trabajar para devolver ese dinero a sus amigos, señor Melville.

El capataz arrugó el ceño.

—¿Por qué, señor juez?

—Usted no puede comprar el rancho Doble Barra en estos momentos.

—¿Qué dice, señor Jackson? Ya le he dicho que el abogado Bergman…

El juez lo interrumpió con un gesto.

—Todo lo que usted ha dicho antes es cierto, pero también el señor Bergman le habrá dicho que usted gozará de la primera opción al rancho si no hay herederos…

—Millón Lewis ha muerto en esas condiciones. No estaba casado, no tenía hijos… Tampoco otorgó testamento. El propio Lewis me lo dijo un día antes de su muerte. ¿O es que me va a decir que sí lo había?

—No, señor Melville. Milton Lewis murió sin testar.

—Entonces, automáticamente, entra en vigor la Ley de Sucesiones. Bergman me lo dijo así.

—Hay un heredero, mejor dicho, una heredera.

—¿Qué dice?

—Se trata de la hermana de Milton Lewis.

—¿Una hermana…? ¿De qué habla, juez? Milton Lewis no tenía ninguna hermana. Si alguna mujer de Grove Hill le ha dicho a usted otra cosa, le ha mentido.

—Tenga usted un poco de paciencia, señor Melville, y lo sabrá todo.

Los ojos de Melville se convirtieron en dos grietas.

—Está bien, señor Jackson. Hable de una vez.

El juez abrió un cajón, del cual extrajo un legajo que depositó ante sí.

—Aquí tengo el testamento de Norman Lewis.

—¿Norman Lewis?

—Sí, el padre de Milton. Norman nombró heredero a su hijo Milton, pero hizo una salvedad.

—¿A qué se refiere?

—Si Milton moría sin otorgar testamento, siendo soltero, el rancho Doble Barra pasaría a su hija Heidi Lewis.

—¡No es posible que Norman tuviese una hija!

—¿Necesito recordarle que soy el juez de Grove Hill, señor Melville, y que, como tal, fui elegido por Norman Lewis para redactar su testamento?

El capataz sintió que se le estaban anudando las tripas.

—Continúe, señor juez.

—Se lo explicaré todo para que no tenga ninguna duda. Norman Lewis fue uno de los primeros en llegarse hasta Abilene conduciendo ganado. Allí, en uno de sus viajes, conoció a una *girl* de *saloon*, una tal Rossie Lane. En aquel entonces, Norman era ya viudo. Lo cierto es que mantuvo relaciones íntimas con esa mujer. Al cabo de algún tiempo, Norman regresó a Abilene y se encontró con que Rossie tenía una niña de cuatro meses.

—Ya comprendo. Esa Rossie Lane le dijo a Lewis que la hija era suya.

—Exactamente, señor Melville. Pero Norman Lewis se mostró escéptico y no reconoció a la niña como hija —el juez hizo una pausa—. Hace cosa de dos años, Norman recibió una carta de Rossie. Ella estaba en El Paso y le decía a Norman que estaba a

punto de morir. Norman se llegó allí y entonces Rossie le enseñó una fotografía de su hija. Norman ya no tuvo ninguna duda de que él era el padre de la muchacha, porque la joven de la foto reflejaba en sus rasgos los de la familia Lewis. Antes de morir, Rossie le dijo que la chica estaba en Kansas City trabajando como maestra. Rossie la había visto muy pocas veces a lo largo de su vida, ya que la había confiado a unos amigos. Cuando Norman regresó aquí, después de haber enterrado a Rossie, modificó su testamento, disponiendo lo que ya le he dicho antes.

En la estancia se hizo un silencio.

—De modo que, según usted, esa muchacha es la dueña del Doble Barra.

—No soy yo el que lo ha ordenado así —replicó el juez—. Es la voluntad de Norman Lewis. En virtud de la cláusula, a partir de ahora, la chica se llamará Heidi Lewis y, por tanto, ella será su nuevo patrón, señor Melville.

El capataz se echó sobre el respaldo del sillón y cerró los ojos con fuerza. En esa posición oyó la voz de Jackson:

—Norman me dio la dirección de Heidi, de modo que, hoy mismo, le he escrito una carta comunicándole la noticia de la muerte de su hermanastro y la de que, a partir de este momento, es la dueña del rancho Doble Barra.

Melville se puso en pie y paseó por la estancia, deteniéndose ante la ventana.

—¿Ella es casada, señor juez?

—No, según las noticias que me dio Norman, se mantiene soltera.

—Bueno; todo esto ha sido una verdadera sorpresa para mí, aunque después de todo, ser dueño de un rancho debe ser muy complicado.

—Especialmente lo hubiera sido para usted, que ha pedido el dinero prestado para comprarlo.

—Sí, señor juez. Tiene usted razón —dijo Melville y cogió la valija que guardaba los ocho mil dólares.

Jackson se puso en pie.

—Espero que usted se lleve tan bien con Heidi Lewis como con Milton.

—No lo dude, señor Jackson. Seré tan fiel a Heidi como lo fui a

mi anterior patrón. Buenos días.

El capataz salió de la casa del juez y echó a andar por la acera de tablones. Sus músculos faciales estaban atirantados. Unos cuantos hombres le saludaron al paso, pero él no contestó a nadie.

Poco después entraba en el *saloon* Texas y pasando de largo por frente al mostrador, cruzó por un corredor, donde estaban situados los reservados. Abrió la segunda puerta y pasó dentro.

Sentados a una mesa, dando cuenta de una botella de *whisky*, estaban sus dos cómplices. Ray Harriman se levantó, tendiendo la mano a Melville.

—Enhorabuena, ranchero.

Melville se quedó quieto, apretando el asa de la valija.

—No ha valido de nada —murmuró.

Los dos hombres hicieron un gesto de perplejidad.

—¿Qué quieres decir, Melville? —preguntó Ray.

—He matado a dos hombres inútilmente.

—¡Que me emplumen si lo entiendo!

—Os lo contaré todo y quizá os resulte gracioso —a continuación, Melville hizo un relato de lo que había ocurrido en el despacho del juez.

Cuando hubo terminado, en la estancia reinó un silencio, que fue interrumpido por Ray.

—¡Maldita sea…! ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Está claro —dijo el otro hombre—. Liquidaremos a la muchacha y todo volverá a estar como antes.

Melville permaneció pensativo unos instantes.

—Sí, Marty. Tienes razón. Ésa es una buena idea. Liquidaremos a la muchacha antes de que llegue a la ciudad. Yo soy el capataz del Doble Barra y sabré cuándo se pone en viaje… Será fácil… Anda, Ray. Lléname un vaso.

CAPÍTULO IV

El *sheriff* de Forest Manor, Luke Harmond, entró violentamente en la habitación número ocho del hotel Saratoga, seguido de Bud Pennebaker, un tipo de gruesos mostachos, que portaba una escopeta de dos cañones.

El hombre que estaba durmiendo en la cama dio un respingo, despertando.

—¿Qué pasa? ¿Se ha incendiado el hotel?

Bud Pennebaker apuntó con su terrible arma al huésped que había quedado sentado en el lecho.

—Para usted va a ser mucho peor que si fuese un incendio.

El *sheriff* jugueteó con su revólver.

—¿Es usted Lloyd Benson?

—Si, señor.

—Dígame su edad.

—Veintiocho años.

—¿Natural de dónde?

—Coconut Rinocerus.

—¿Es eso una ciudad?

—Un villorrio de Alabama. Tenemos minas de cobre, de sal, y allí se guisan los mejores frijoles de toda la Unión.

El *sheriff* se puso a sonreír.

—¡Infiernos, mi plato favorito!

Bud Pennebaker hizo restallar su voz:

—No hemos venido aquí a hablar de cocina, *sheriff*. ¡Cumpla con su deber!

Luke Harmond dejó de sonreír y, tras un carraspeo, dijo:

—Vístase, hijo. Tiene que acompañarnos a una boda.

Lloyd Benson sonrió.

—Estupendo, amigos. Eso me gusta. ¿Quién se casa?

—Usted, Benson.

—¿Cómo? ¿Yo…? Perdone que se lo diga, *sheriff*, pero está usted como una cabra.

—Tenga más respeto, Benson, o lo encierro durante el resto de sus días.

—Oiga, *sheriff*, ¿cómo me voy a casar si yo no tengo novia?

—El señor Pennebaker, aquí presente, le resolverá la papeleta. Está decidido a darle la mano de su hija.

Lloyd Benson era rubio, de ojos claros, rostro de facciones enérgicas, pero que, en general, le daban un aire simpático. Su dentadura era blanca como la leche, los hombros anchos y las manos fuertes. Ahora, después de despertar, un mechón de cabello le caía por la frente.

—Óiganme, amigos. Ustedes vinieron aquí equivocados —miró al hombre de los grandes bigotes—. No dudo que usted poseerá una hija muy mona, señor Pernambuco, pero renuncio a su mano.

—Pennebaker —le rectificó el padre de la novia—. Y sepa una cosa, Benson. No admito renuncias.

—Oiga, *sheriff*, me gustó su pueblo, es muy bonito, pero protesto contra estas medidas de coacción que adoptan los padres de Forest Manor para asegurar la vida de sus hijas.

—No haga chistes, Benson —dijo el representante de la ley.

—¿Quién los hace? Le estoy hablando con el corazón en la mano.

El *sheriff* hinchó los pulmones de aire.

—Usted sedujo a Mary Pennebaker.

—¿Yo…?

Papá Pennebaker levantó la escopeta, apuntando al pecho del joven.

—No lo niegue, Benson. Ella me lo contó.

—¿Qué es lo que ella le contó?

—No puedo repetirlo.

—Oiga, señor Pennebaker, me imagino que su hija debe ser una rubia de unos veinticuatro años, con la que salí a pasear esta tarde por las afueras del pueblo.

—Exactamente. Ustedes dos llegaron hasta la fuente del Grito.

Benson hizo chasquear los dedos, sonriente.

—Exactamente. Pero no hubo grito. Allí nos sentamos y nos pusimos a hablar de muchas cosas. Su hija es la mar de simpática, señor Piernavieja, y para que tuviera un buen recuerdo de mí, le di una pulsera.

El señor Pennebaker cerraba los ojos cada vez que Benson le equivocaba el nombre, pero olvidó aquello exclamando con voz triunfal:

—¡Ahí lo tiene, *sheriff*! ¡Acaba de confesar!

—Sí, señor —convino el *sheriff*—. Ha confesado.

—Eh, oigan —saltó Benson—. ¿De qué confesión están hablando…? Les acabo de decir la verdad. Se lo puedo jurar, señor Peinesastre. Usted puede estar tranquilo. Entre su hija y yo no ha habido absolutamente nada.

—Déjese de historias y empiece a vestirse, Benson.

Lloyd miró al *sheriff*.

—¿Qué dice usted, autoridad?

Luke Harmond encogió los hombros.

—No puedo hacer nada por usted, muchacho. Tiene que casarse.

—Vamos, vístase —repitió Pennebaker—. A menos que prefiera una rociada de perdigones.

—Eso es abuso legal —exclamó Benson y saltó de la cama, comenzando a vestirse—. Tendrán que oír a mí abogado.

El *sheriff* y Pennebaker se retiraron hacia la puerta, pero no por ello dejaron de apuntar con sus armas al joven, quien cuando se hubo vestido, se pegó una palmada en la frente.

—No puedo casarme.

—¿Por qué no? —preguntó el *sheriff*.

—Senté plaza en el ejército —sonrió el joven—. Ayer mismo recibí una carta del general Grant, diciéndome que me presentase en Washington. Servicio Especial, ya saben, sólo eligen a los más inteligentes.

Pennebaker echó adelante el torso, como si fuese a dar una dentellada.

—Usted no va a Washington ni a ninguna otra parte. Se queda en Forest Manor, Benson. Ni siquiera el ejército lo conseguirá sacar de aquí.

Lloyd hizo una mueca y sentóse en el borde de la cama para ponerse las botas. Se cubría con un traje oscuro y sombrero de ala

ancha.

—¿Qué vino a hacer usted aquí, Benson? —preguntó el *sheriff*.

—Compro caballos salvajes a los indios y, después de domarlos, los vendo en el mercado. Nunca había estado en Forest Manor, pero le aseguro que ya estoy arrepentido.

—¿Es que no hizo su negocio?

—Claro que sí. Vendí una buena manada en el rancho La Herradura. Sentí la tentación de quedarme un par de días en la localidad y ahí es donde cometí la pifia.

—Vamos, no se preocupe —dijo el representante de la ley—. La señorita Pennebaker es una de nuestras más lindas jóvenes.

El señor Pennebaker entrecerró los ojos.

—Pienso daros una buena dote. Una vaca, tres cerdos y quinientos dólares.

—Se lo dejo en doscientos machacantes y se queda con todo lo demás.

—Usted es muy bromista, Benson, pero no escapará.

—¿Lo oye, *sheriff*? La ha tomado conmigo.

Pennebaker abrió la puerta.

—Vamos, el juez está esperando.

Lloyd se dirigió al *sheriff*:

—Le hago a usted responsable de lo que pueda ocurrir.

—¡Andando! —exclamó Pennebaker.

Bajaron por la escalera del hotel. En el vestíbulo se habían reunido una veintena de hombres que miraron con curiosidad al huésped de la habitación número ocho.

Benson, flanqueado por el *sheriff* y Pennebaker salió a la calle. Allá había un grupo de mujeres, una de las cuales le arrojó un chorro de arroz gritando:

—¡Viva el novio!

Pennebaker le pegó un codazo en el riñón.

—Alégrate, hijo, para que sepan todos lo feliz que eres.

Lloyd torció la boca en una sonrisa.

Caminaron por la acera y, finalmente, llegaron ante una casa donde también se aglomeraba la gente. Subieron al porche y Pennebaker llamó con el aldabón.

La puerta fue abierta por una señora de unos cincuenta años, la cual los recibió con una melosa sonrisa.

Pasaron a una habitación donde esperaba la novia, el juez y dos testigos.

Mary Pennebaker se cubría con un vestido blanco, y en su diestra mostraba un ramo de orquídeas.

Al ver entrar a Lloyd Benson, la joven le dirigió una sonrisa.

—Hola, Lloyd.

Benson sintió deseos de estrangularla. Podía jurar ante el más alto tribunal divino y humano que entre él y la muchacha no había mediado más que un beso. ¿Era eso suficiente para que ahora le exigiesen que se casase con ella?

—Adelántense los novios —dijo el juez.

Lloyd soltó una imprecación para sus adentros. Al parecer, la cosa iba en serio.

—Oiga —sonrió—. Les propongo una cosa. Conozco un juego que es estupendo y apuesto a que no lo saben. Está de moda en Charleston.

El juez y los dos testigos habían empezado a interesarse en el asunto, pero papá Pennebaker levantó una vez más su escopeta.

—Silencio, Benson. Va a dar comienzo la ceremonia.

Benson vio que la señora melosa, indudablemente la esposa del juez, abría una ventana que daba a un costado del jardín. Calculó sus posibilidades. Pennebaker tenía que dar casi una vuelta completa para hacer fuego contra él. Instintivamente se llevó la mano a los cuartos traseros, pensando en la perdigonada. Naturalmente, si resultaba tocado, el padre de Mary lo casaría, aunque tuviese que permanecer en la cama durante la ceremonia.

Pero prefirió correr el riesgo.

Volvióse como una centella y echó a correr lanzándose de cabeza por el hueco.

Esperó oír el estampido mientras cruzaba el aire, y, efectivamente, se produjo, pero ya estaba fuera de la casa.

Oyó el repiqueteo de los perdigones en la pared y cómo silbaban por encima de él los que acertaron a pasar por la ventana.

Luego rodó por el jardín y cuando se puso en pie, encontróse al pie de la verja, la cual saltó oyendo a sus espaldas la voz de Mary Pennebaker:

—¡Vuelve, Lloyd…! ¡Vuelve!

Ya en la calle, echó a correr con toda la velocidad que pudo

obtener de sus piernas.

De pronto la atmósfera fue rasgada por el pitido de un tren. Instantáneamente, acordóse de la estación que había visto aquella misma mañana.

Otra vez silbó la máquina del convoy.

La esperanza de escapar definitivamente de Forest Manor, le hizo sacar fuerzas de los talones. El tren estaba entrando en agujas.

El jefe de la estación hacía sonar la campana.

Lloyd llegó ante la ventanilla donde expedían billetes.

—Un boleto.

—¿Para dónde?

—Para el infierno.

—¿Dónde está eso?

—Oiga, démelo para una estación intermedia, pero que esté lo suficientemente lejos de Forest Manor.

—La estación terminal es Grove Hill.

—Muy bien, Grove Hill.

—Son nueve dólares con setenta y cinco.

Benson pagó con dos billetes de cinco dólares y no esperó el cambio, sino que cogió su boleto y echó a correr hacia el tren.

Montó en el vagón que tuvo más a mano.

El jefe de estación, bajo la campana, hablaba distraídamente con un tipo de chaleco floreado.

Justo en ese instante, Pennebaker y el *sheriff* aparecieron por un lado de la estación.

Benson se agachó rápidamente en la plataforma, acercándose a la portezuela.

—Eh, señor Smith —oyó gritar a Pennebaker—. ¿No han visto a un joven por aquí?

El señor Smith contestó:

—No he visto a nadie porque estaba hablando con el señor Duarte.

—Muy bien, *sheriff*. Registraremos el tren.

Lloyd Benson entró en el compartimento andando en cuclillas y así continuó por espacio de dos yardas. De pronto oyó a su derecha una voz femenina:

—¿Busca algo?

Levantó los ojos, observando a una joven morena de unos

veintidós años, de una belleza escalofriante. Sus ojos eran grandes, la nariz recta y los labios rojos como la grana.

—Sí —contestó al fin—. El sombrero.

—Creo que lo lleva usted puesto.

—¡Qué distraído soy! —exclamó Lloyd, enderezándose, y entonces se dio cuenta de que el asiento de al lado de la joven estaba vacío—. ¿Puedo ocuparlo?

La joven arrugó el entrecejo.

—¿Sabe que lo que acaba de hacer me parece una estratagema para sentarse a mi lado?

Lloyd dobló la cabeza y vio por el cristal el corredor del otro vagón, por donde Pennebaker circulaba examinando a los pasajeros.

Se dejó caer junto a la joven.

—Eh, no se puede sentar aquí —protestó ella.

—Tuve la corazonada que este viaje iba a resultar muy instructivo para mí.

La joven levantó la barbilla.

—¿He de rogarle que se marche?

—No padezco ninguna enfermedad. Estoy sano y fuerte como un roble —le enseñó la dentadura—. Fíjese, he llegado a masticar clavos.

—Si no se marcha, avisaré al revisor.

Benson volvió otra vez la cabeza, pero enseguida la encogió entre los hombros, porque ya Pennebaker estaba a punto de abrir la portezuela de aquel vagón.

Sin un titubeo se echó sobre la joven morena y, estrechándola contra su pecho, la besó fuertemente en los labios.

Sintió cómo ella se debatía en sus brazos, pero él la siguió apretando al propio tiempo que oía pasar a Pennebaker por su lado. Finalmente vio cómo el hombre de la escopeta desaparecía y entonces se apartó de la hermosa viajera, la cual se estaba ahogando porque el aire había huido de sus pulmones.

—¿Es que está usted loco?

—Me acaba de salvar la vida, señorita.

—Sí, debe estar chiflado. —La muchacha estaba roja de indignación—. Protestaré ante el revisor.

—Oiga, mi nombre es Lloyd Benson. ¿Cuál es el suyo?

—¡No se lo diré! ¡Es inaudito! ¡No he visto en mi vida a nadie

tan fresco!

En ese instante sonó la campana que daba la salida al convoy.

Lloyd dio un suspiro de alivio.

—Al fin nos ponemos en camino.

La joven cruzó los brazos.

—¿Se va a quedar dónde está?

—¿Viaja alguien con usted, señorita?

—Sí, mi marido.

—¿Su qué?

—Mi esposo.

Benson hizo una mueca.

—Infiernos, hubiese jurado que usted no estaba casada.

—¿Por qué no?

—Las casadas tienen un aire especial que usted no posee.

—Pues se equivocó. Estoy casada y tengo tres hijos. Mi marido salió un momento del vagón y es terriblemente celoso. Si se le ocurre volver en cualquier momento, está usted perdido. Váyase antes de que regrese.

El tren ya se había puesto en movimiento y empezaba a alejarse de la estación.

—Muy bien, señorita —dijo Lloyd poniéndose en pie—. Se ve que hoy no es mi día —tocóse el ala del sombrero y pasó al vagón vecino, donde ocupó un asiento al lado de un tipo gordinflón que estaba devorando un trozo de pastel de manzana.

—¿Quiere usted? —dijo sonriendo el comilón.

—Que aproveche —repuso Benson. Estiró las piernas y echóse el sombrero sobre la cara con ánimo de continuar el sueño que había interrumpido en el hotel Saratoga.

Tres asientos más allá viajaban Ray Harriman y Marty Craig. El primero de ellos dijo:

—¿Cuándo hemos de liquidarla, Marty?

—Aprovecharemos la primera oportunidad que se nos presente. Ese tipo que acaba de subir en la estación me ha dado un buen susto. Creí que conocía a la muchacha.

Yo también lo pensé, pero, por fortuna, no es así. La chica es un bombón y el tipo quiso pegar la hebra.

—Bueno, debemos estar preparados. Ya sabes lo que dijo el jefe. Hemos de aprovechar el momento que pase de un vagón a otro para

arrojarla fuera del convoy. Luego dejaremos abierta la portezuela para que parezca que ha sido un accidente.

—Sí, muchacho, fue idea del jefe y debemos confesar que Tom es un tipo muy listo.

CAPÍTULO V

Heidi Lewis sintióse cansada de estar tantas horas en el asiento, y decidió salir a la plataforma. Una vez en ésta se distrajo mirando al exterior. De pronto le llegó una voz por la espalda:

—Perdone, señorita Jones.

Dio media vuelta y vio ante sí a un hombre de cara fea.

—Lo siento, pero usted se confunde. No soy quien usted cree.

—¿De veras? —retrucó Ray Harriman—. Se parece usted mucho a Ellen Jones, una joven que conocí en Austin.

Ray hizo una pausa para mirar a un lado y otro del vagón. No había nadie cerca. Bastaría con que abriese la portezuela y, con un simple empujón, Heidi Lewis se iría al infierno. Tom Melville les había prometido cinco mil dólares por realizar el trabajo, y éste era el mejor momento para ganarlos.

Se acercó a la joven.

—¿Cuál es su nombre?

—Heidi Lewis.

Ella encontró algo extraño en la actitud de aquel hombre y movióse rápidamente hacia el rincón.

Ray colocó la mano sobre el tirador de la portezuela y empezó a hacerlo girar. La muchacha se había movido justo en la dirección que él quería, ya que había quedado arrinconada.

—¿Qué es lo que hace? —preguntó Heidi perpleja.

—Necesito tomar un poco de aire. En estos vagones no hay ventilación.

—Está bien. Déjeme pasar. Yo no quiero tomar el fresco.

—Está usted un poco sofocada —retrucó Harriman—. Ya verá como le sienta tan bien como a mí.

—Le digo que me deje pasar. Quiero volver a mi asiento.

—Vamos, no se apure, nena. Muy pronto podrá descansar.

Ray tiró de la portezuela, abriéndola, y luego alargó la mano y cogió a la joven por la muñeca.

—¡Suélteme! ¿Qué es lo que hace?

Ray dio un tirón de Heidi para arrojarla por el hueco, pero la joven logró asirse al borde de la puerta.

—¡Suélteme!

Ray apretó los labios con fuerza.

—Vamos, nena, no te resistas. Será muy rápido si no te pones pesada.

Harriman aumentó sus esfuerzos y los dedos de la joven empezaron a resbalar poco a poco de la madera donde habían estado aferrados durante unos segundos.

De súbito una voz dijo:

—¿Qué es lo que pasa aquí?

Heidi, a punto de darse por vencida, vio por encima del hombre que le atacaba, la cara del joven que la había besado.

—Por favor —dijo con un hilo de voz.

Ray sintió que una mano se posaba sobre su hombro y luego aquella mano lo hizo girar violentamente y, a continuación, un puño se estrelló contra su cara.

Heidi estaba al pie de la escalerilla y cuando aquel hombre la soltó se venció hacia el hueco y empezó a bracear. Durante unos segundos se dio cuenta de que de nada valdrían sus esfuerzos y que sería tragada por la oscuridad.

Pero una mano la cogió por la muñeca y aquel hombre que la defendía la atrajo contra sí.

La joven dio un traspié y cayó en la plataforma.

Vio con angustia cómo su salvador era lanzado hacia el vacío al recibir un golpe en el plexo solar.

Pero Benson alargó los brazos y pudo aferrar los dedos en el marco de la portezuela.

Ray Harriman, surcada la cara por una mueca, se arrojó de cabeza contra Benson con la furia de una res. Su intención era evidente. Le bastaría con un topetazo para que aquel entrometido se fuese al diablo.

Pero Lloyd Benson saltó a un lado y Harriman vio ante sí la negrura de la noche. Hubiese querido frenar, pero había tomado

demasiado impulso y se precipité en el aire lanzando un grito que fue silenciado por el bramido del viento.

Lloyd Benson cerró la portezuela y dio un suspiro, volviéndose hacia la joven, la cual seguía sentada en la plataforma, respirando entrecortadamente.

—Bueno, ahora es usted viuda.

—¿Qué dice?

—¿No era ése su esposo…?

—Oh, no.

—Pues es una verdadera pena.

—He de confesarle una cosa, señor Benson. No soy casada.

—Entonces, ¿ese tipo…?

—No le conocía.

Lloyd se cogió la barbilla, perplejo.

—Infiernos, ¿qué le pasa hoy a la gente? A mí me quieren casar y a usted la quieren matar. En fin, de cuentas es lo mismo —vio que la joven se iba a levantar y le alargó la mano—. Oh, perdone.

Los dos quedaron muy juntos y él aspiró la suave fragancia que emanaba del cabello femenino.

Sus ojos se encontraron y Benson sintió un suave escalofrío por la espalda. Demonios, siempre le había gustado estar cerca de las mujeres, pero jamás había sentido la sensación de ahora.

—Ya le dije mi nombre, pero ignoro el suyo.

—Heidi Lewis.

—Huele estupendamente, Heidi.

—Me está dejando sin respiración, señor Benson.

—Es esta mano izquierda mía que siempre intenta propasarse.

La joven le tomó la zurda y se la quitó de la cintura.

—Creo que me ha salvado la vida, señor Benson, pero eso no le autoriza a ser incorrecto.

—No sea desagradecida.

—Ya se cobró usted la recompensa con anticipación.

—Oh, se refiere a aquel beso… No tuve más remedio que dárselo, Heidi. Un tipo me estaba buscando.

—Me di cuenta de ello. ¿Qué delito ha cometido, señor Benson?

—Me querían casar a la fuerza, pero le juro que mi novia y yo no nos conocíamos apenas.

—A veces basta con quince minutos para que entre un hombre y

una mujer ocurra lo más insospechado.

—Me gustaría que a usted y a mí nos ocurriese lo más insospechado.

—¿Bromea usted siempre, señor Benson?

La joven abrió más los ojos.

—Oh, hemos olvidado al hombre que cayó en la vía.

—No se preocupe, alguien lo recogerá en pedazos. Pero dígame.

Heidi, si usted dice que no conocía a ese hombre. ¿Por qué infiernos quería matarla?

La joven quedó pensativa unos instantes.

—Me imagino de qué se trata. Soy heredera de un rancho.

A continuación, la muchacha contó a Lloyd Benson de qué forma la habían informado que era hija de un tal Norman Lewis y que, habiendo muerto un hermanastro suyo, ahora era ella la heredera del Doble Barra, situado en el condado de Grove Hill.

Cuando hubo terminado, Benson cabeceó.

—Sí, Heidi. Está claro como el agua. Alguien está interesado en que usted no entre en posesión de esa herencia.

—Por fortuna, sea quien sea esa persona, sus planes han fracasado gracias a usted.

—Ha sido una satisfacción servirle de ayuda, Heidi.

—Oh —exclamó la joven—. El hecho de que usted haya acabado con ese hombre no quiere decir que ha pasado el peligro.

Él se acercó otra vez a ella.

—Me temo que tiene usted razón, Heidi, y en tal caso sólo se me ocurre una cosa.

—¿El qué?

Lloyd le pasó una mano por la espalda, hasta cogerle el brazo.

—Debemos estar juntos, muy juntos.

—¡Señor Benson! —dijo ella con reconvención, mirando la mano que la apretaba.

Benson la dejó libre, diciendo:

—No pienso apartarme de su lado.

—¿Quiere decir que va a abandonar su trabajo por ayudarme?

Lloyd levantó la mano, como si se encontrase ante un tribunal.

—Lo juro.

Ella sonrió.

—Es usted muy gracioso, señor. Benson. ¿A qué se dedica?

—Soy traficante en ganado, pero últimamente hice un buen negocio y pude disponer de un poco de tiempo.

—¿Que le parece si entramos en el vagón?

—Magnífico —dijo Benson y abrió la portezuela.

La joven entró en el compartimento y Lloyd se dispuso a seguirla; pero, de pronto, alguien lo sujetó por los bajos de la chaqueta.

Benson dio media vuelta y observó la cara que tenía ante sí, de cejas espesas, nariz chata y boca torcida.

—¿Qué le pasa, amigo?

—Estoy buscando a mi compañero. Vino por aquí y no ha regresado.

—Ya le comprendo. ¿Cuál es su nombre?

—Marty Craig.

Benson puso una mano en el hombro de Craig.

—Tengo que darle una mala noticia, señor Craig.

—¿Mala noticia?

—Sí, respecto a ese amigo que busca.

—Suéltela.

—Se marchó.

—¿Se marchó? ¿Adonde?

Lloyd alzó los ojos al techo y Marty siguió la dirección de su mirada.

—¿Quiere decir que ahora viaja en lo alto del vagón?

—Más arriba. Su compañero ya no tiene que preocuparse del traqueteo ni de los frenazos bruscos. Ahora se desliza por la inmensidad del espacio sobre una nube…

Benson se apartó de Marty, quien quedó mirando al techo con la boca abierta.

Lloyd se sentó al lado de Heidi.

—Ya he descubierto al otro tipo.

—¿Es el que hablaba con usted?

—Sí.

La joven miró hacia la plataforma y luego volvió rápidamente la cabeza.

—Oh, tiene la cara de un criminal.

—Esos tipos me vienen a la medida, Heidi.

—Si usted ni siquiera porta armas…

—No soy exhibicionista. He aprendido en la vida a ser práctico. El llevar el «Colt» colgando del cinturón resulta la mayoría de las veces innecesariamente peligroso. Un borracho cualquiera, al verte con el arma junto a la pierna, puede sentir deseos de balearte sin dar previo aviso. Conozco unos cuantos casos de tipos que se han ido al otro mundo sin ver siquiera la cara del fulano que les pagaba el boleto.

La joven dio un suspiro.

—Quizá tenga razón.

—¿A qué hora llegaremos a Grove Hill?

—Me dijeron que a las ocho de la mañana.

—¿Ha dormido, Heidi?

—No he pegado un ojo. Desde que salí de Kansas City estoy demasiado emocionada.

—Muy bien. Ahora tiene la oportunidad. Incline la cabeza sobre mi hombro e intente dormir.

—¿Cree que sería correcto?

—Haga la prueba. Si alguien protesta le juro que le saco la dentadura de cuajo.

La joven le dedicó una sonrisa y un bostezo, cubriéndose la boca con la mano. Luego inclinó su cabeza sobre el hombro varonil y Lloyd Benson sintió otra vez aquel suave cosquilleo por la espina dorsal.

Poco después, Heidi dormía.

Al cabo de una hora, cuando los viajeros estaban entregados al sueño, Benson sintió que algo duro y frío se apoyaba en su nuca.

Fue a volverse y la voz de Marty Craig le advirtió:

—No se mueva, compadre. Es un revólver lo que tengo en la mano.

—¿Qué quiere usted?

—Despierte a la joven.

Benson tragó saliva, pero finalmente se decidió a tocar con el dedo en la pierna de la muchacha.

—Despierte, Heidi.

La joven abrió los ojos, sobresaltada.

—¿Qué pasa?

Craig dijo:

—Silencio, no grite.

La joven vio la pistola en la diestra del tipo y empezó a palidecer.

—Vamos a la plataforma —ordenó Craig—. Y será mejor que no intenten nada; o, de lo contrario, apretaré el disparador.

Benson cogió a la joven del brazo y ambos se pusieron en pie.

Ninguno de los durmientes se había percatado de lo que estaba ocurriendo en el vagón.

Craig salió a la plataforma, tras los jóvenes y cerró la portezuela. Entonces retrocedió un paso, para mantener a raya a sus víctimas.

Benson sintió cómo la joven se estremecía entre sus brazos.

—¿Qué significa esto, Craig?

El forajido sonrió aviesamente.

—Significa que tú y la muchacha vais a seguir viajando con mi amigo, ya sabes, con el tipo que marchaba sobre una nube.

—No está hablando en serio.

—Os daré las instrucciones. Dentro de un par de minutos llegaremos a Cedar City. El tren se detendrá allí cinco minutos. Nosotros bajaremos por la parte trasera para que no nos vean desde la estación.

—¿Para qué hemos de hacer eso? —preguntó Benson, aunque conocía muy bien la respuesta.

—Es una ocurrencia mía. Llevamos mucho tiempo viajando y vamos a estirar las piernas.

—Oiga, asesino, le puedo hacer una oferta.

—A callar.

—Tengo en el bolsillo dos mil quinientos machacantes. Son suyos si se larga con la música a otra parte.

—Gracias por el aviso. Me acordaré de ellos en cuanto hayamos liquidado el negocio.

En aquel instante el convoy hizo sonar el silbato.

—Bien —dijo Craig—, ya estamos llegando. Prepárense, muchachos. Han de bajar delante de mí, pero se darán mucha prisa.

El tren empezó a disminuir la velocidad.

Benson miró por la ventanilla, observando a lo lejos las luces de la estación.

Craig seguía sonriendo.

—Le tengo que agradecer su intervención, Benson. Ahora seré yo sólo a cobrar los cinco mil dólares que debía repartir con mi

compañero.

—Estupendo —repuso Lloyd con voz jovial—. Espero que me de una comisión.

—Es usted un tipo chistoso y eso es un consuelo. Hace más fáciles las cosas.

—Oiga, Marty, ya que todo transcurre tan divertidamente para los tres, podría hacemos un favor. Díganos el nombre de su patrón.

En aquel instante el tren empezó a frenar y los vagones entrechocaron.

Lloyd estaba esperando su oportunidad para saltar sobre Craig, pero éste leyó su pensamiento y levantó el arma.

—Quieto, Benson, o se la gana antes de tiempo.

El joven no tuvo más remedio que frenar su impulso, porque vio el ojo del revólver muy cerca de su cara.

Luego, Craig abrió la portezuela cuando el tren acabó de detenerse.

—Vamos, salten. Usted primero, señorita Lewis.

Heidi bajó del vagón y tras ella lo hicieron Lloyd y Craig.

Por aquella parte reinaba la oscuridad, aunque a la izquierda se veía brillar algunos vagones que estaban en vía muerta.

—Tiren por ahí, muchachos —ordenó Craig.

Los tres fueron hacia aquel lado y de esa forma se alejaron del tren, porque Craig los hizo doblar hasta quedar situados detrás de los vagones de mercancías.

—Bien, chico —dijo Craig mirando a Benson—. A ti te toca primero.

—¿Me permite? Estoy sudando como un condenado.

—Eso es el miedo.

—Quisiera morir con la cabeza descubierta para estar más fresco.

—Está bien. Si es un capricho, quítate el sombrero.

Lloyd cogió el ala del sombrero y se lo quitó. Su mano izquierda se introdujo en el interior del fieltro y de pronto sonó un estampido.

El revólver voló de la diestra de Craig, quien quedó asombrado viéndose la mano vacía.

Benson se puso otra vez el sombrero, pero ahora en su mano izquierda había un «Derringer» de caño corto.

—Bien, Craig. Ahora han cambiado las tomas.

Heidi observaba sorprendida al hombre que había jurado defenderla.

Craig tragó saliva.

—¿Qué va a hacer, Benson?

—Lo mismo que tú ibas a hacer con nosotros.

—No, Benson, cometería un crimen.

—No me hagas reír, Craig.

Marty se puso a sudar copiosamente.

—Tengo un par de centenares de dólares encima. Se los daré si me deja libre. Y le juro que me iré muy lejos.

—Me interesa más otra mercancía. El nombre de la persona que te iba a pagar los cinco mil dólares.

—Oh, no me pida eso.

—Tú no eres un soplón, ¿verdad? —Benson levantó el «Derringer»—. Te voy a conceder tres segundos… Uno… Dos…

—Tom Melville.

—¿Quién es Tom Melville?

—Yo lo sé —respondió la joven—. El juez Jackson, de Grove Hill, me dijo que Melville era el capataz del Doble Barra cuando mi hermanastro fue asesinado.

—¿Asesinado? Eso sí que es curioso…

—Se lo contaré todo —dijo Craig—. Pero me ha de prometer que me dejará en libertad, Benson.

Lloyd sopesó la propuesta.

—Está bien, Craig. Suéltalo.

Inmediatamente, Craig contó a los jóvenes de qué forma Tom Melville se había deshecho de Milton Lewis y de Pat Mac Cloy.

La máquina del convoy dio un pitido.

—Bien —dijo Benson—, quiero cumplir mi palabra. Pero sería mejor que emprendieses el buen camino. El destino te ha ofrecido una oportunidad para que te enmiendes. Vuélvete de espaldas. Voy a quitarte el otro revólver.

El forajido obedeció y entonces Benson lo despojó del arma que le había quedado en la funda.

—Vamos, echa a correr, Craig.

Marty salió de estampida, sin necesidad de otra orden.

Luego Benson tomó del brazo a la muchacha.

—Vamos, Heidi, o se nos escapará el tren.

Subieron al vagón cuando éste empezaba a deslizarse por el tendido. Una vez arriba, Heidi miró a Lloyd con ojos brillantes.

—¿Te das cuenta, Lloyd? —dijo, tuteándolo—. Esa historia que nos ha contado ese hombre me parece inverosímil.

—Desgraciadamente, tiene todas las trazas de ser verdad.

—Entonces, Tom Melville es un asesino.

—Sí, Heidi. Lo es.

—¿Y las pruebas?

—No te preocupes por eso. Yo voy a llevar a la horca a ese tipo, aunque sea lo último que haga en mi vida.

Hubo una pausa entre los dos jóvenes.

—Oh, Lloyd, ¿qué habría hecho sin ti…?

Benson la rodeó por la cintura y la atrajo contra sí, besándola en los labios.

En aquel momento, bendijo a Bud Pennebaker ya que, gracias a él, había conocido a una mujer como Heidi Lewis.

CAPÍTULO VI

Tom Melville escuchó el relato que le hacía Marty Craig, quien se enjugaba la cara con un pañuelo.

—Tiene que creerme, señor Melville… No tuve más remedio que cantar. Ese tipo, Lloyd Benson, me amenazó con matarme, pero yo, en lugar de huir, he venido hacia acá para avisarle a usted. Tiré por el atajo del Águila y reventé dos caballos durante la carrera… Creí que yo también iba a caer rendido. No me ha importado perder dinero en mi negocio, porque pensé que mi obligación era avisarle a usted para que también pueda huir antes de que ellos lleguen.

Melville contenía a duras penas su ira. Eran las seis de la mañana y muy pronto llegaría el tren a Grove Hill.

—De modo que ahora ellos saben que yo soy el asesino de Milton Lewis y Pat Mac Cloy… Y eso te lo debo a ti, Marty.

—Lo siento, jefe. Si Ray no hubiese fallado, todo sería distinto.

—Tú también fallaste, Marty.

—Sí, señor. Tiene usted razón, pero no me negará que he borrado esa falta viniendo a avisarle.

—Yo soy una persona muy agradecida, Marty, y me ha llegado al alma eso de que hayas tenido que reventar dos caballos para venir a avisarme. ¿Cuánto te costaron los caballos?

—Cuarenta y cinco dólares.

—Muy bien. Te daré cien como premio.

—Gracias, señor Melville —sonrió Marty—. Sabía que usted comprendería.

Melville tiró de un cajón de la mesa y metió la mano en él. La levantó rápidamente, empuñando un revólver.

Marty empezó a abrir los ojos, muerto de pánico.

—¿Qué hace, Melville?

—Aquí tienes el premio.

Tom hizo dos disparos y los dos proyectiles chocaron contra la cara de Marty, quien se desplomó hacia atrás sin emitir una sola protesta.

Los estampidos fueron apagados por las paredes de la cueva.

Tom se puso en pie, mirando el cadáver de su cómplice. Sintió deseos de seguir baleándolo, porque había arruinado completamente su plan para hacerse dueño del Doble Barra. Durante años había soñado con ello y he aquí que ahora todo se venía abajo.

Se puso a pasear de una pared a otra, nervioso, pellizcándose el mentón.

De pronto se detuvo, mirando otra vez el cadáver. ¿Por qué no? Marty Craig tenía su misma talla, idéntica constitución física. Naturalmente, las caras eran distintas, pero ahora la de Marty se había convertido en una máscara por efecto de los dos balazos recibidos. Sí, se dijo, podría llevarlo a cabo. Todavía faltaba algún tiempo para que llegase el tren a la ciudad. Tenía que darse prisa, mucha prisa. Por fortuna, nadie le vería hacer los preparativos, porque sacaría el cadáver de Marty por la entrada que había junto al río.

Cuando se dio cuenta de que todavía podría llegar a ser el dueño del Doble Barra se echó a reír. Él era un tipo listo y lo iba a demostrar enseguida.

El tren se detuvo en la estación de Grove Hill.

Lloyd Benson asomó la cabeza por la ventanilla y vio en el andén a un grupo de personas. Pero todos estaban con la cara muy seria y aquello le pareció más un velatorio que un comité de recepción.

Al volverse, observó que Heidi estaba pálida.

—¿Qué te pasa, muchacha? ¿No te encuentras bien?

—Oh, sí, perfectamente —trató de sonreír ella—. Es que, la verdad, no todos los días la nombran a una heredera de un rancho. No sé si creerás una cosa, Lloyd, pero me gustaría que nada hubiese ocurrido, quiero decir, que ahora mismo me volvería a Kansas City.

Lloyd le cogió una mano y la apretó suavemente.

—Animo, chica. No te van a comer —dijo pensando en que él gustosamente se la comería.

Poco después, Benson se hizo cargo del equipaje de la joven, una gran valija, ya que él había tenido que dejar abandonada la suya en el hotel Saratoga de Forest Manor.

Cuando pisaron el andén vieron que un hombre se apartaba del grupo acercándose a ellos.

—Soy el juez Jackson y me imagino que usted será la señorita Lewis.

La joven tragó saliva.

—Sí, señor juez —asintió tendiéndole la mano—. Le presento al señor Benson, Lloyd Benson, un buen amigo.

El juez y Lloyd cambiaron un saludo y luego el primero dirigió una rápida mirada al grupo de *cow-boys* que había detrás.

—Me temo que soy portador de malas noticias, señorita Lewis. Es una desgracia teniendo en cuenta que hoy debía ser un día de alegría para el rancho Doble Barra.

Lloyd observó cómo la joven se estremecía.

—¿A qué se refiere, señor juez?

—Se trata de su capataz.

—Estupendo —dijo Lloyd—. Justamente, el capataz del Doble Barra, es la persona con la que yo deseo hablar inmediatamente.

—No puede, señor Benson… Está muerto.

Lloyd borró la sonrisa de los labios y Heidi llevóse una mano a la frente.

—¡Oh!… ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Tom Melville se dirigía a Grove Hill con sus muchachos a darle la bienvenida. Venían un poco retrasados y decidieron tirar por el Camino del Buitre. Melville iba a la cabeza del grupo, cuando de pronto, su caballo resbaló por un acantilado y se precipitó en el abismo.

Los jóvenes guardaron silencio y el juez prosiguió después de una pausa:

—Los muchachos se descolgaron por el precipicio y recuperaron el cadáver… Pobre señor Melville. Su cuerpo quedó completamente destrozado.

Lloyd miró a Heidi esperando que la joven contase al juez quién era Melville, un condenado asesino que no le había importado

derramar sangre con tal de hacerse dueño del rancho Doble Barra, pero lo que dijo la joven fue:

—Lo siento, juez.

—Eh, oiga —dijo Benson, pero al instante enmudeció porque Heidi le tironeó de la manga.

El juez presentó a los *cow-boys*.

—¿Quién es el más antiguo de todos vosotros? —preguntó Heidi.

Resultó ser un hombre de unos cuarenta años llamado Harold Mills, de cabello entrecano y nariz aguileña.

—Muy bien, Harold —dijo Heidi—. Desde este momento eres el capataz del rancho Doble Barra.

—Gracias, señorita Lewis —sonrió el nombrado—. Haré todo lo posible por merecer el honor que me hace… Hace un momento acaba de llegar el carruaje para usted… Algunos de los muchachos se quedarán conmigo para asistir al entierro de Tom Melville, si usted lo permite.

—Desde luego, pueden quedarse todos los que quieran… Yo no podría resistirlo.

—Lo comprendo, señorita Lewis.

La joven se volvió hacia Benson.

—¿Me acompañas al coche, Lloyd?

Heidi se despidió del juez y caminó hacia la calesa que estaba esperando a un lado del andén.

La joven se detuvo antes de llegar.

—Oh, Lloyd, tengo miedo.

—¿Por qué? ¿Es que no lo oíste? Ese capataz ya ha dejado de darte sustos.

—¿Por qué no vienes conmigo al rancho?

—¿Y qué diría la gente?

—Sí, tienes razón.

—Haremos una cosa, Heidi. Me hospedaré en cualquier hotel de la ciudad, pero ten la seguridad de que iré a verte. Lo deseo tanto o más que tú.

—Sí, Lloyd.

Ayudó a subir a la joven a la calesa y seguidamente, el hombre

que iba en el pescante, hizo restallar el látigo, y los caballos empezaron a correr.

Harold Mills dio un suspiro.

—Es la chica más mona que yo he visto en mi vida.

—Sí, capataz, de eso también yo estoy seguro.

El pueblo estaba detrás de la estación y emprendieron la marcha.

—¿Me recomienda un buen hotel, Harold?

—Lo dejaré en el Nacional. Está regido por Clare Norton, que también posee un *saloon* al lado. Es una mujer muy simpática.

El juez se despidió al llegar a su casa.

—¿Verá pronto a la señorita Lewis, señor Benson?

—Es posible.

—¿Quiere decirle que ha de pasarse por el despacho para firmar el documento de su herencia?

—Encantado, juez.

Luego Harold y Benson continuaron su camino por la calle mayor, seguidos por los demás

cow-boys

.

De pronto, el capataz se detuvo ante una casa que estaba pintada de negro.

Lloyd leyó el cartel que había en la puerta. Empresa de Pompas Fúnebres de Eustaque Roblegale.

—¿Está ahí dentro, Harold? —preguntó.

—Sí.

—Me encuentro un poco cansado porque apenas dormí durante la noche. Ya nos veremos.

Poco después, Benson tomaba posesión de la habitación número trece del hotel Nacional.

Durmió durante cinco horas y luego bajó de su cuarto y se introdujo en el *saloon* adyacente al hotel. Ocupó una mesa del fondo junto a una ventana y pidió al mozo que le sirviese huevos fritos con jamón, mermelada de manzana y un pozo de café. Bebía éste cuando oyó una voz femenina a su lado.

—Hola, chico.

Alzó los ojos empezando por una pierna y siguió ascendiendo hasta encontrar lo demás, que terminaba en una cabellera de fuego.

—Mi nombre es Cherry —dijo la pelirroja llena de curvas.
—Lloyd Benson.
—¿De dónde eres?
—Es muy difícil de pronunciar.
—Supongo que me invitarás —dijo ella, y se sentó en una silla sin esperar a que él se lo autorizase.
—Te dejaré pagado un *whisky*, pero perdona que no me quede. Tengo que solucionar un par de asuntos.
Lloyd fue a levantarse, pero la pelirroja lo tomó por la muñeca manteniéndolo sentado.
—¿Es que no te gusto, Lloyd? —preguntó, abanicando las pestañas.
—Claro que sí, nena, eres una chica muy potable, pero ya te lo he dicho, he de liquidar un negocio —Benson dio un suspiro—. El deber nos impone a veces duros sacrificios.
—No seas tonto, tengo muchas cosas que contarte.
—Yo también a ti, de modo que otro día nos veremos, y ya verás cómo pasamos un rato estupendo.
De pronto, una voz ronca chilló:
—¿Qué haces con este tipo, Cherry?
Lloyd giró la cabeza observando a un hombre corpulento de ojos alargados y nariz achatada. Su pistolera estaba muy baja.
Cherry, la pelirroja dijo:
—No tengo que darte explicaciones de mis actos, Walter.
—No, ¿verdad?
—Estoy harta de ti.
El llamado Walter endureció los músculos de su cara.
—Ahora te gustan los labriegos, los tipos de tres al cuarto, como ese que está sentado ahí.
Benson no dijo nada y entonces Cherry acercó su silla a la de él y le pasó un brazo desnudo por el cuello.
—¿Qué te pasa, Walter? El me gusta y se acabó.
Walter cerró los puños.
—No te va a servir cuando haya terminado con él, Cherry.
—¿Es que no le has echado una ojeada? —dijo Cherry—. Mi amigo no usa armas.
—Eso tiene fácil arreglo —sonrió Walter—. Yo mismo le daré un revólver —desenfundó un «Colt» y lo arrojó encima de la mesa.

En el local sólo había una docena de clientes, y todos habían enmudecido prestando atención a la escena que se desarrollaba junto a la ventana.

—Anda, labriego. Coge el revólver —dijo Walter—. Pero procura disparar cuanto antes. Apenas roces con los dedos la culata, yo desenfundaré.

Lloyd Benson movió la cabeza de un lado a otro.

—No voy a hacer tal cosa.

—¿Qué?

—No voy a coger el revólver.

—¿Lo has oído, Cherry? Después de todo, es un, maldito cobarde.

Cherry se apartó de Lloyd, gritando:

—Vamos, Benson, termina con él de una vez. Es un tipo pesado.

Lloyd arrugó el entrecejo.

—Me gustaría saber qué es lo que estáis cocinando.

—¿Cómo? ¿De qué hablas? —exclamó Walter.

—A mí no me lo pegáis, muchachos. Tú y ella estáis de acuerdo.

Tanto la pelirroja como Walter mostraron una gran sorpresa. Fue Walter el primero en reaccionar.

—Maldito seas, forastero. ¿Crees que voy prestando mi chica por ahí a todo bicho que llega a la ciudad? Coge el revólver. Si no lo haces, te juro que de todas formas te meteré una bala por la boca.

—Voy a darte un consejo, muchacho.

—Cállatelo.

Benson ignoró la interrupción.

—Da media vuelta y sal del local. Es lo que te conviene, Walter. Te lo juro.

Walter titubeó unos instantes. Le había impresionado la forma en que Benson le había dicho las últimas palabras, pero ahora, el tajo de su boca se ensanchó en una sonrisa.

—Me has quitado a mi chica, todos lo han visto. Y me acusas de ser un tipo mal nacido y emplear a Cherry como negocio. Son causas suficientes para que te envíe al otro mundo. El juez será comprensivo.

Walter se dispuso a desenfundar.

Y entonces, Benson movió la diestra rápidamente, llevándola al sombrero.

CAPÍTULO VII

Walter tenía ya el dedo arqueado sobre el gatillo.

Pero un segundo antes de que hiciese fuego, Lloyd disparó su «Derringer».

La bala golpeó contra el hombro de Walter y lo hizo girar como una peonza, y toda su humanidad se vino al suelo.

El «Colt» que Walter iba a utilizar contra el joven, había quedado en el piso, y ahora Benson se puso en pie y pegó una patadón al arma, enviándola a la otra parte de la sala.

Walter se observó el agujero que tenía en el hombro y se revolvió soltando imprecaciones.

—Ponte en pie —ordenó Lloyd.

Walter se enderezó mirándolo con ojos llenos de odio.

—Es un tramposo. Disparó contra mí a traición.

—No, Walter. Te concedí todas las ventajas. Tú ya ibas a disparar con tu «Colt».

—¿Por qué no utilizó el mío? El que estaba sobre la mesa.

—¿Me has tomado realmente por un labriego?

El joven retrocedió hacia la mesa bajo la mirada atenta de las personas que había en el local. Alargó la mano libre y cogió el revólver que Walter le había cedido para ventilar el duelo.

Apuntó al techo y empezó a apretar el gatillo. Se oyó un clic clac metálico, y luego otro, y más tarde un tercero.

Entre los espectadores se produjeron exclamaciones de asombro.

Lloyd Benson sonrió sin apartar la mirada del rostro de Walter.

—Tú querías asesinarme, Walter. El «Colt» estaba descargado.

—Me quitó a mi chica.

—Déjate de historias. Ella entraba también en la combinación.

Lloyd miró a Cherry, la cual había enrojecido las mejillas.

De repente llegó una voz de la puerta.

—¿Qué es lo que pasa aquí?

Era el *sheriff* George Carson, quien había entrado en el local, empuñando un revólver.

El mozo que estaba tras el mostrador, contó al representante de la ley la escena que había sobrevenido en el establecimiento.

El *sheriff* se adelantó hacia donde estaba Benson.

—Estuve hablando con el juez. Me imagino que es usted el hombre que llegó con la señorita Lewis. Lloyd Benson.

—Sí, *sheriff*.

El representante de la ley giró los ojos hacia Walter.

—¿Quién eres tú, grandullón?

—Pasaba por aquí y decidí beber un trago.

El *sheriff* dejó para el último lugar a la pelirroja.

—¿Cuál es tu nombre?

—Cherry.

—No te había visto hasta ahora.

—Llegué hace tres días y la señora Norton me contrató.

—¿Conocías a este tipejo de antes? —preguntó el *sheriff*, señalando con la cabeza a Walter.

—No.

—Explícate entonces.

—Estaba paseando por las afueras esta mañana cuando me lo encontré. Nos pusimos a hablar y entonces me ofreció cien dólares si le echaba una mano. Me dijo que sólo quería darle un susto a cierto tipo. Le juro que no me dijo que iba a matarle. Empecé a darme cuenta de que me había engañado cuando se puso a representar su comedia con el señor Benson, pero yo no pude echarme atrás porque sentí miedo. Walter tenía un revólver en la mano y lo hubiese utilizado también contra mí.

Benson asintió.

—Parece que dices la verdad. No se lo tenga en cuenta, *sheriff*.

Cherry bajó los ojos al suelo.

—Gracias, señor Benson.

El *sheriff* volvió a mirar a Walter.

—¿Por qué querías matar al señor Benson?

—Es sólo cuenta mía.

—No, muchacho. Lo vas a decir, aunque tenga que retorcerte el

pescuezo. Soy el *sheriff* del condado y no consiento que se hagan ciertas cosas en mi jurisdicción.

—Me estoy desangrando, *sheriff* —dijo Walter, mostrando la palma de la mano roja.

—Muy bien, Walter. Te vamos a curar, pero luego nos vas a decir todo lo que llevas dentro.

Carson se dirigió a Lloyd.

—Si quiere estar presente en el interrogatorio, pase dentro de media hora por mi oficina.

—Allí estaré, *sheriff*.

Carson hizo una señal con el revólver a Walter, y éste emprendió la marcha.

Los dos hombres salieron del local, y Cherry miró un instante a Benson y luego echó a correr desapareciendo por una puerta que conducía al piso alto del establecimiento.

Se oyó un estampido en la calle y luego otro.

Una mujer lanzó un grito de terror.

Lloyd tenía el «Derringer» en la diestra y salió como una centella del establecimiento. Al llegar a la acera se detuvo, observando que diez yardas más allá estaba solo el *sheriff* con el «Colt» en la mano. En el polvo de la calle se hallaba tendido Walter.

Algunos hombres corrían hacia aquel lugar, y el *sheriff* habló en voz alta:

—¡Han disparado de la parte de arriba del almacén! ¡Rápido, muchachos, el asesino todavía debe estar ahí!

Lloyd se acercó a Carson.

—¿Cómo ha sido, *sheriff*?

—Íbamos andando, y de pronto hicieron los disparos. Walter tenía bastante con el primero, porque lo alcanzó en el centro del pecho…

Benson saltó de la acera y echó a correr hacia el almacén de donde habían hecho el disparo.

—¡Eh!, ¿adónde va, Benson? —Oyó a sus espaldas la voz del representante de la ley.

Pero no se detuvo y corrió por una callejuela hacia la parte trasera del almacén.

Dobló otra vez hacia la derecha, y en ese instante oyó una galopada.

Miró hacia aquel lado y vio un montón de escombros. Rápidamente, reanudó su carrera hacia el montículo, y cuando llegó a lo alto pudo alcanzar a ver un jinete que huía por entre un bosquecillo de álamos.

El eco de la cabalgada se perdía a lo lejos cuando dos hombres llegaron a su lado.

—¿Por dónde ha huido?

Lloyd les indicó la dirección.

Uno de los hombres, un pelirrojo de cara pecosa, sacudió la cabeza.

—Va hacia la montaña, y nos tomó demasiada ventaja. Si saliésemos en su busca, sería tiempo perdido.

Regresaron a la calle Mayor.

Los otros hombres que habían entrado por la parte principal del almacén en busca del asesino de Walter, ya estaban junto al *sheriff*. Éste se echó el sombrero hacia delante, rascándose la nuca.

—Es un condenado lío. ¿Puedo hablar con usted, señor Benson?

—Desde luego.

—Está bien, muchachos. Llevad al muerto a la empresa de pompas fúnebres. Hoy habrá dos entierros en Grove Hill.

El *sheriff* y Lloyd entraron otra vez en el *saloon* de Clare Norton. Carson hizo una señal al mozo para que sirviese dos *whiskys*.

No rompieron el silencio hasta que hubieron bebido un trago.

—Apuesto a que tiene muchas cosas que contarme, Benson.

Lloyd había pensado que no existía ningún inconveniente en que el *sheriff* fuese informado por él de la verdad, acerca de todo lo relacionado con el rancho Doble Barra.

Carson escuchó sin decir nada y, finalmente, cuando el joven hubo terminado, dijo:

—Suponiendo que Tom fuese realmente el asesino de Milton Lewis y Pat Mac Cloy, él ahora está muerto.

—Sí.

—¿Qué me dice entonces del intento que hizo Walter para asesinarle y de la muerte del propio Walter a manos de ese desconocido?

—Sólo se me ocurre pensar que Tom tenía un cómplice, el cual ha querido vengarse de mí por haber evitado la muerte de la señorita Lewis.

—Es posible —cabeceó el *sheriff*—. Pero me temo que va a ser muy difícil capturar al tipo.

—Lo más fundamental es que la señorita Lewis no corra peligro.

—No creo que le pase nada. Ahora el cómplice de Melville no puede llevar a cabo su plan ya que, como usted mismo dice, lo que deseaba Melville era hacerse dueño del rancho.

Apuraron el contenido de los vasos. El *sheriff* sacó una moneda de a dólar y la dejó sobre el mostrador.

—¿Va a estar mucho tiempo por aquí, Lloyd?

—Creo que su pueblo empieza a gustarme.

Carson sonrió.

—¿El pueblo o la chica?

—Usted es un pillo, *sheriff* —rió también Benson.

—Oiga, muchacho, ¿cómo es ese truco del «Derringer»?

—No es ningún truco. Lo único que me pasa es que no quiero ir por ahí con las armas a la vista.

—Sí, lo comprendo, pero algún día le saldrá mal. No debe conceder tanta ventaja a sus rivales, o se encontrará con una bala antes de que se pueda quitar el sombrero.

—Tengo muchas formas de sacar.

—Pero siempre se habrá de quitar el sombrero, y el que lo conozca, no le concederá oportunidad para exhibir el cañoncito.

—Ande, pégueme, *sheriff*.

—¿Dónde?

—En la barbilla, pero no lo haga muy fuerte, yo mismo me daré impulso hacia atrás.

—¿Qué espera conseguir con eso?

—Pégueme y lo sabrá.

El *sheriff* titubeó unos instantes con el puño cerrado, y finalmente, golpeó en el mentón de Benson.

El joven salió disparado hacia atrás, dando una vuelta de campana. Quedó finalmente en cuclillas. Su sombrero estaba en el suelo, pero con su derecha esgrimía el «Derringer» que apuntaba al pecho del *sheriff*.

Carson se quedó boquiabierto.

—Caramba, Benson, usted es un demonio.

Lloyd sonrió, volviendo a esconder el arma en el «Stetson».

—Ahora lo invito yo, *sheriff* —dijo, y pidió dos *whiskys*.

CAPÍTULO VIII

Tom Melville paseaba como un oso enjaulado por el interior de la cabaña.

De pronto se detuvo escuchando una fuerte galopada.

Acercóse a la ventana y miró hacia las montañas del Este. Por el fondo del valle vio avanzar una docena de jinetes al frente de los cuales cabalgaba un hombre de fúnebre indumentaria.

Los labios del antiguo capataz del Doble Barra sonrieron.

Poco después, los jinetes llegaban ante la casa y descabalgaban.

Un hombre entró en la cabaña, anunciando:

—Aquí tiene a Max Winter, señor Melville. Viene con toda su banda.

Max Winter era el que iba vestido de negro. Frisaba en los treinta años de edad y era moreno, de cara alargada, nariz de águila y mentón puntiagudo.

—Celebro conocerlo, Winter —dijo Tom, tendiéndole la diestra.

Los dos hombres cambiaron un apretón mientras los otros forajidos penetraban en la vivienda. Luego, Max Winter explicó:

—Henry vino A buscarme a San Jacinto, y me dijo que se trataba de un negocio de envergadura.

—Hablaremos mejor sentados —sugirió Tom.

—Y si hay una botella de *whisky* mucho mejor todavía.

—Ve a mi dormitorio y trae una botella, Henry —ordenó Melville— Encontrarás vasos en la cocina.

Transcurrieron unos minutos hasta que todos los hombres tuvieron el vaso en la mano. Entonces Melville brindó:

—Por nuestro negocio, muchachos.

Tras beber el primer trago, Max Winter sacudió la cabeza.

—¿De qué se trata, Melville?

—Yo calculo el asunto en treinta mil dólares.

Los ojos de los hombres que los rodeaban relampaguearon codiciosamente.

—Ya comprendo —dijo Winter—. Un asalto a un Banco.

—No, Max —sonrió Tom—. Se trata de un rapto.

—Me imagino que debe ser la hija del gobernador.

—No, Winter. Traeremos aquí a Heidi Lewis, la dueña del rancho Doble Barra, del que yo he sido capataz.

—¿Y quién va a dar los treinta mil dólares? ¿Su padre? ¿Algún familiar…?

—No. La chica está sola. Mi plan es otro. Conseguiremos de ella que nos firme una escritura de venta. Luego Henry se llegará con la autorización a la ciudad y venderá el rancho.

—¿Quién va a dar treinta mil dólares por una hacienda?

—Hay muchos hombres en Grove Hill que pagarán sin pestañear. Es un gran negocio ya que el Doble Barra vale más de treinta mil dólares. Naturalmente, nosotros nos quedaremos con la chica como rehén. De esa forma nadie podrá hacer nada si es que quieren ver con vida a la muchacha. Cuando Henry haya hecho el negocio, se reunirá con nosotros para hacer el reparto.

—Eso es lo más importante. ¿Qué parte me has fijado?

—La mitad para mí y el otro cincuenta por ciento para vosotros. Tú lo distribuirás como quieras.

Hubo un silencio en la cabaña, y luego, Max Winter desparramó los ojos por sus compañeros. Todos ellos fueron moviendo la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, Melville —dijo finalmente el jefe de la banda—. Entramos en el negocio.

—Sabía que os gustaría —sonrió Tom, pero de pronto quedó serio— Hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Heidi Lewis ha hecho amistad con un tipo que ha resultado un hueso. Se libró de dos de mis hombres mientras venía a la ciudad y también liquidó a Walter Norse.

—¿Walter Norse? —repitió Max—. Fue un buen
gun-man.

—Ese Benson es un tipo muy hábil.

—Walter Norse estaba un poco alcoholizado y últimamente le

había empezado a temblar la mano.

—De todas formas, Benson es el culpable de que yo no sea el dueño del Doble Barra, y quiero que lo liquidéis al propio tiempo que raptáis a la muchacha.

—Está bien. ¿Dónde encontraremos a Benson?

—Según me informó Henry, se hospeda en la habitación número trece del hotel Nacional.

—No te preocupes. Es asunto cancelado. Benson estará en el infierno esta misma noche —Winter hizo una pausa—. ¿Dónde atraparemos a la muchacha?

—En su propio rancho.

Max se volvió hacia sus hombres.

—¿Lo habéis oído todos? Quiero que las cosas se ventilen bien. Melville ha depositado su confianza en nosotros, y hemos de demostrarle que somos buena gente. Esto es justo lo que nosotros deseábamos para ganar un poco de dinero.

Los pistoleros ensancharon la cara sonriendo.

Lloyd Benson se peinó ante el espejo, y después de ponerse la chaqueta y cubrirse la cabeza con el sombrero, abandonó su habitación.

Hacía veinticuatro horas que no veía a Heidi, y estaba decidido a visitarla en el rancho Doble Barra.

Estaba bajando la escalera cuando oyó una voz procedente del registro.

—El *sheriff* me informó que acaba de llegar a la ciudad la señorita Heidi Lewis.

—Sí, eso he oído, señor Dooley —contestó el encargado—. Pero no le puedo decir nada de ella porque yo no la he visto.

—Ustedes tienen suerte en tener en la ciudad a una joven como Heidi Lewis —repuso el llamado Dooley—. Nunca he visto un cabello tan rojizo como el de ella. Parece realmente una llamarada de fuego.

Lloyd pasó ante el registro y siguió andando hacia la puerta; pero de pronto se detuvo como si hubiese encontrado en su camino un muro de piedra. Volvió la cabeza y se detuvo mirando a Dooley. Era un hombre de unos cuarenta años, con todo el aspecto de ser un viajante de comercio. Estaba firmando la hoja del registro, y a sus pies tenía una gran valija.

—Lástima que la señorita Lewis tenga necesidad de usar gafas para ver más allá de una yarda —decía en aquel instante Dooley.

Lloyd quedó más perplejo aun pellizcándose el mentón pensativamente. Por último, decidió acercarse al recién llegado.

—Hola, amigo.

Dooley se volvió sonriente. Parecía un tipo simpático y hablador.

—¿Nos conocemos? —inquirió mirando dubitativamente a Benson.

—No, señor Dooley, pero también me hospedo en este hotel. Mi nombre es Lloyd Benson. Yo también conozco a Heidi Lewis, y como le he oído hablar de ella, he pensado que podríamos ser amigos.

—Encantado de conocerle, Benson. Soy Jim Dooley, agente de ventas del pelador de patatas La Sin Hueso, patente número 13 375, Medalla de Oro en la Exposición Universal de Inventos Domésticos de Nueva York. Dígame dónde vive y le enviaré un pelador a su esposa. Sólo tendrá que pagarme noventa y cinco centavos.

—Recuérdelo cuando me case.

Jim Dooley soltó una carcajada al tiempo que golpeaba suavemente en el estómago de Benson.

—Qué chiste tan bueno. Usted es de los míos, amigo.

—¿Qué le parece entonces si bebemos un trago?

Dooley se volvió hacia el encargado.

—Échale una ojeada a mi valija, mientras estoy fuera, muchacho. El señor Benson y yo nos vamos a matar una serpiente de cascabel que se metió en una botella de *whisky* —soltó otra risotada, pero al ver que nadie le acompañaba, se quedó serio repentinamente, rezongando con voz lúgubre—: Era otro chiste.

Salieron del hotel e introdujéronse en el *saloon* de Clare Norton.

Lloyd pidió dos *whiskys*, y mientras los servían palmeó en el brazo de Dooley.

—Dime, Jim, ¿qué amistad tienes con Heidi Lewis?

—Yo era amigo de sus padres adoptivos en Kansas City. De modo que se puede decir que conozco a Heidi desde que era muy pequeña. Justamente, mi madre me escribió a Dallas, participándome la buena nueva de la herencia de Heidi. Esa chica

se lo merece todo, ¿sabes, muchacho? Hace más de seis meses que no la veo, pero es como si la tuviese ahora delante, con sus pecas y sus trenzas rojizas.

—Y sus gafas, ¿eh?

—Sí, desde luego. Heidi no se las puede quitar. Y es una lástima porque sus ojazos verdes es algo digno de verse.

—Verdes —repitió Benson.

El mozo puso los vasos sobre el mostrador y bebieron un trago.

—Bueno, Dooley —dijo Lloyd después de abonar el importe—. He tenido mucho gusto en conocerle. Me imagino que querrá ir a ver a Heidi.

—Sí, pero lo haré mañana. Hoy tengo que dedicarlo a mi negocio. Heidi y yo echaremos una buena parrafada, porque pienso quedarme en Grave Hill por tres o cuatro días. ¿Va a ir usted a verla?

—Sí, desde luego.

—Salúdela de mi parte y prepárele mi visita. Seguro que se pone muy contenta.

El joven salió del *saloon* sumido en un mar de confusiones.

Delante del bar había unos cuantos *cow-boys* al lado de los caballos apersogados.

—Eh, muchachos —dijo—. ¿Hay alguien que me alquile su potro para ir al rancho Doble Barra?

—¿Cuánto? —preguntó un hombre rollizo.

—Digamos tres dólares.

—¿Cuándo lo devolverá?

—Digamos una hora.

—Está bien. Trato hecho.

Lloyd Benson pagó tres dólares al vaquero y cuando ya había montado en el potro, preguntó por la ubicación del rancho Doble Barra. Recibidas las instrucciones espoleó su montura y ésta partió en un trote corto.

A lo lejos vio la nube que levantaba el ganado a su paso, y la empalizada, y un poco más a la izquierda, el rancho Doble Barra, con todas sus instalaciones.

Llegado ante la casa, un *cowboy* lo saludó encargándose de su montura.

No necesitó preguntar por la joven, porque la vio sentada en el porche.

Ella también lo descubrió y se levantó saliéndole al encuentro.

Benson se detuvo viéndola llegar. No; Heidi no tenía el cabello rojizo, sino negro, y sus ojos no eran verdes, sino oscuros como el azabache, y su cara tampoco era pecosa, ya que el cutis era blanco y limpio de manchas.

—Cuánto me alegro de verte, Lloyd.

—Yo también celebro verte a ti, Heidi —el nombre de ella salió de sus labios con una especial entonación, y entonces vio cómo la muchacha parpadeaba.

Lloyd dirigió una mirada en su tomo.

—Todo esto es muy bonito.

—Lo es.

Benson la observó otra vez.

—Pero no pareces muy contenta, Heidi. ¿Por qué?

Ella fue a decir algo, pero de pronto dio media vuelta y se encaminó al porche.

Lloyd fue detrás y ambos se detuvieron junto a la baranda.

—Lloyd.

—Dime, Heidi.

—¿No crees que a veces es lícito mentir…?

—Nunca, Heidi.

—¿Y si con ello no se hace daño a nadie…?

—¿Quién puede decidir eso, Heidi? Yo puedo pensar que con un engaño no puedo herir a nadie, como tú dices, pero quizá lesione sin darme cuenta. Por ello, lo mejor es no mentir.

—Si, Lloyd. Creo que tienes razón.

Entre ellos se hizo un silencio, que fue interrumpido por Benson.

—¿Por qué me has dicho todo eso, Heidi?

—Oh, creo que no tiene importancia —sonrió ella—. No me hagas caso.

Lloyd dejó transcurrir unos segundos.

—Ah, un amigo tuyo me ha dado recuerdos para ti.

—¿Un amigo… mío?

—Sí, Jim Dooley.

La joven giró rápidamente, dándole la espalda.

—Vaya con Jim Dooley…

—Se puso muy contento al pensar que mañana te podrá ver.

—¿Mañana…?

—Sí. Piensa venir aquí.

La joven movió las manos nerviosamente sobre su estómago.

—Oh, precisamente, mañana no podrá verme. El capataz me dijo que me acompañará para ver las dependencias del rancho. Llegaremos hasta la Montaña Pelada, que está a una veintena de millas. Naturalmente, no regresaremos hasta la noche. ¿Verás a Jim Dooley?

—Seguro.

—Entonces me harás el favor de decirle que me escriba cuando pueda, y que ya nos veremos en otra ocasión.

—Bueno, Jim Dooley podrá aplazar su visita.

—¿Cómo?

—Estará tres o cuatro días en el pueblo.

Sobrevino otro silencio.

—Heidi, mírame —dijo Lloyd.

La joven permaneció quieta.

—He dicho que me mires, Heidi.

La joven giró lentamente mordiéndose el labio inferior. Sus grandes ojos negros se fijaron en los de Lloyd. Éste sonrió, diciendo:

—No; tú no necesitas gafas.

—¿Qué dices, Lloyd? No te entiendo.

—Y tu cabello siempre ha sido negro… Y toda tú eres maravillosa.

—Por favor, Lloyd…

—Antes de que yo hablase de Jim Dooley estuviste a punto de decirlo.

La joven bajó la mirada al suelo y echó a correr hacia la puerta; pero Benson alargó la mano y la cogió por el brazo.

La joven golpeó las espaldas contra la pared y pretendió desasirse dando un tirón.

—Oh, Lloyd. Déjame.

—Quiero la verdad.

—No seas odioso.

—Soy Lloyd Benson, tu amigo, ¿lo oyes?

Ella movió la cabeza de arriba abajo, y dijo en una explosión:

—No soy Heidi Lewis. Es cierto. Sólo soy una impostora… Oh,

Lloyd, he mentido… He mentido.

Y entonces, la muchacha se echó en los brazos de Lloyd Benson, llorando amargamente.

CAPÍTULO IX

Heidi secó las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Benson la tomó del mentón alzándole la cara.

—Cuéntamelo todo y te servirá de desahogo.

—Yo trabajaba como *girl* en un *saloon*, en Kansas City; pero estaba cansada de aquello. Un día, hace cosa de un par de semanas, me encontraba en la habitación de mi hotel cuando de pronto oí un diálogo en el cuarto de al lado. Una joven maestra de aquella ciudad había resultado ser la hija de un tal Norman Lewis, quien al morir nombró heredero a su hijo; pero ahora el muchacho también se había ido al otro mundo y, sin comerlo ni beberlo, Heidi Lewis se encontraba poseedora de un rancho. No sé por qué, seguí escuchando. Uno de los hombres que hablaba dijo que Heidi Lewis había decidido no ponerse en camino hacia Grove Hill para tomar posesión del Doble Barra, hasta que terminase el curso escolar diez días más tarde. Aquella noche no pude dormir. Estaba desvelada. Yo he tenido muy poco, Lloyd. Perdí a mis padres siendo muy pequeña… Me recogieron unos familiares y, bueno, la vida no ha sido precisamente una diversión para mí —la joven hizo una pausa mirando hacia las montañas lejanas—. En aquella habitación del hotel pensé de pronto en algo que ahora me parece una locura.

—En substituir a Heidi Lewis por unos días.

Ella lo miró a los ojos.

—Sí, Lloyd. Eso mismo. Sólo tenía que enviar una carta al rancho Doble Barra, anunciando mi llegada. Hasta invertí todos mis ahorros en comprarme vestidos nuevos para parecer realmente una señorita… Oh, ¿cómo pude estar tan loca?

—No tienes que arrepentirte.

—Pero ha sido una mentira.

—Por fortuna no has hecho nada irreparable, y además salvaste la vida a la verdadera Heidi Lewis. Esos hombres que intentaron matarte en el tren, habrían hecho la prueba con la mujer a la que substituías, y es posible que con ella hubiesen tenido éxito.

—Eso no me sirve de consuelo, Lloyd. Me desprecio a mí misma.

Lloyd le acarició la mejilla.

—¿Cuál es tu nombre?

—Dolly Malone.

—Dolly… Es un nombre que me gusta.

—Heidi era más bonito.

—Eso no es lo importante. Estabas intranquila porque habías mentido. La vida que tú esperabas aquí feliz, se te había transformado casi en un infierno y estabas a punto de confesar la verdad. Si yo no te hubiese hablado de Dooley, me lo habrías dicho de todas formas. Habría sido hoy o mañana, pero lo hubieses confesado.

—Sí, Lloyd. Eso es cierto y ahora me siento mucho mejor —la joven sonrió—. ¿Te importa que no sea una rica propietaria?

Lloyd cogió una guedeja de su negro cabello.

—Me gustas por ti misma, sin necesidad de que poseas dinero.

—Llamaré al capataz y le diré la verdad. Oh, Lloyd, dime que me quieres y nos marcharemos juntos ahora mismo de aquí.

—¿Lo deseas?

—Más que nada en el mundo.

El la estrechó entre sus brazos y la besó en los labios.

—Vas a ser mi mujer, Dolly.

—Después de todo, fue una buena idea hacerme pasar por Heidi Lewis. Te he encontrado a ti, Lloyd. Acabemos de una vez con esta comedia.

Benson la apartó de sí, mirándola a la cara.

—Es necesario que continúes representando tu papel.

—¿Qué dices, Lloyd?

—Todavía no ha terminado la aventura. Encuentro muy extraño todo lo relacionado con este rancho.

—¿A qué te refieres? El capataz ya murió. ¿No está todo claro?

—No, Dolly. —Benson contó a la joven lo que había ocurrido en el pueblo con Walter—. ¿Lo comprendes, nena? Hay algo en todo esto que no me gusta. Ni tú ni yo conocemos a la verdadera Heidi

Lewis, pero parece que el destino nos ha elegido para que impidamos su muerte.

—Sí, Lloyd. Te comprendo, pero confieso que tengo un poco de miedo.

—No se atreverán a hacerte daño mientras permanezcas en la casa. Y yo, mientras tanto, seré el cebo.

—¿Supones que siguen queriendo tu muerte?

—Es posible.

—Oh, no, Lloyd. No quiero dar mi consentimiento. Podrían matarte. Denuncia al *sheriff* todo lo que ha ocurrido y marchémonos de aquí.

—Me temo que el *sheriff* no podrá hacer nada. Soy yo quien lo debe arreglar.

Dolly apretó las sienes con la mano.

—Entonces, ¿he de continuar siendo Heidi Lewis?

—Será por poco tiempo. En cuanto quede solucionado todo, y eso puede ocurrir mañana mismo, nos largaremos de Grove Hill y entonces para ti y para mí habrá una nueva vida. —Lloyd sonrió—. Y pensar que te conocí cuando huía porque no quería casarme…

La joven sonrió débilmente.

—Ahora tengo que marcharme —dijo Lloyd.

Abrazó de nuevo a la joven y la besó en los rojos labios.

Seguidamente Lloyd bajó al porche y montó en el caballo, emprendiendo el regreso al pueblo.

Cuando se hallaba a unas cien yardas de la casa volvióse, y la vio a ella, en el porche, agitando la mano.

Entró en la calle Mayor del pueblo, dirigiendo su cabalgadura hacia el *saloon* Nacional.

Sus ojos prestaron atención a los tres hombres que había frente a la fachada del local de Clare Norton.

Llegó ante el porche y el *cow-boy* rollizo que estaba a la sombra se acercó para hacerse cargo de su caballo. En voz baja dijo:

—Oiga, esos tres tipos que están ahí han estado preguntando por usted. Lárguese antes de que lo identifiquen.

—Gracias por el aviso, muchacho.

—¿Qué es lo que espera? Le presto mi caballo.

—Se lo alquilé por una hora y ya pasaron los sesenta minutos —respondió Benson, y le alargó las bridas.

El *cow-boy* lo miró con una mueca de asombro.

—¿Es que va a hacer frente a esos tres tipejos?

—Dependerá de ellos.

—Oiga, tienen una traza de asesinos que no se la acaban. Son pistoleros profesionales.

De repente, uno de los tipos de que hablaban dejó oír su voz.

—¿Qué estáis chismorreando ahí como dos viejas?

El *cow-boy* dijo con voz temblorosa:

—Vamos, amigo. Vuélvase rápidamente y dele explicaciones.

—Dáselas tú, y lárgate, muchacho.

El *cow-boy* sonrió a los tres fulanos de enfrente.

—Ahora recuerdo que mi mujer está a punto de dar a luz. Con su permiso, amigos. Quiero ver la cara de mi hijo antes que nadie.

Luego, sin esperar una respuesta, montó de un salto en la silla, y emprendió una carrera como si tras de él fuese el diablo.

Lloyd se dispuso a subir a la acera para entrar en el establecimiento de Clare Norton. Ya tenía un pie en los tablones, cuando de pronto oyó otra vez la voz de antes.

—¡Eh, usted!

Quedó inmóvil en aquella posición y giró lentamente la cabeza.

—¿Es a mí?

Vio otra vez a los tres fulanos. Estaban cortados con el mismo patrón. Caras patibularias, barbas crecidas, ojos que llameaban, indumentarias raídas, sucias de polvo y sudor… y pistoleras bajas.

El de en medio era el más delgado, y sus pómulos sobresalían mucho, porque las mejillas se hundían bruscamente.

—Sí, a ti, muñeco —rezongó.

—¿Qué quieren?

El que habla tenía la colilla de un cigarrillo en la comisura de la boca.

—Se me acabaron los fósforos, y quiero que me enciendas el cigarrillo.

Benson sacó una caja de fósforos y comenzó a volverse hacia los tres hombres. Se dispuso a arrojar la caja al aire, pero de pronto el que le hablaba, dijo:

—No hagas eso, chico.

—¿No me ha pedido fuego?

—Sí, pero quiero que vengas aquí y me lo des tú mismo.

Lloyd echó al aire un par de veces la caja, tomándola siempre en la mano. Finalmente, echó a andar hacia la otra parte.

El único de los pistoleros que había hablado ahora soltó una carcajada.

—Miradlo, muchachos. Lo tengo domesticado.

Por aquella parte de la calle había dejado de circular la gente. Los hombres que llegaban por ambos lados se detenían observando la escena, y los más cautos se retiraban buscando la protección de los edificios por temor a que se perdiese una bala.

Benson llegó ante los tres hombres, y el del cigarrillo dijo:

—Anda, enciende el fósforo.

Benson sacó el fósforo de la caja y lo encendió con la punta de la uña. Luego acercó la llama a su interlocutor quien encendió arrojándole el humo a la cara.

Finalmente, Lloyd se retiró un paso y dejó caer el fósforo en el suelo.

El fumador soltó una carcajada.

—Decidme, muchachos; ¿qué es lo que tengo delante? ¿Un hombre o un ratón?

—Un ratón, Linn —contestaron los dos tipos.

El llamado Linn rió estruendosamente.

—Anda, Morgan, mójale la oreja.

Morgan era un tipo al que faltaba un gran trozo de la oreja izquierda, que indudablemente le había sido volado por un plomo. Tenía los pulgares apoyados en el cinturón y acercóse indolentemente a Benson. Entonces, mojó los dedos en saliva y los llevó a la oreja de Lloyd.

Pero el joven siguió inmóvil.

—¿Qué os parece? —dijo Morgan—. Tampoco se da por aludido.

El tercer tipo se cogía los riñones estremecido de risa.

Finalmente, Linn quedó serio, mirando fijamente a la cara de Benson.

—¿Qué es lo que necesitas tú para demostrar que llevas unos pantalones?

—Necesito que me peguen.

—¿Qué os parece? Resulta que es como una rubia que tuve en Dodge City. A cada tortazo que le pegaba, pedía más.

—Muy bien —dijo el tercer tipo—. Dejadlo de mi cuenta. Yo le daré el gusto.

Se escupió en las manos y adelantóse también hacia donde estaba Benson.

Muchos de los ciudadanos habían optado por abandonar sus refugios porque ya tenían la seguridad de que allá no se iba a celebrar ningún duelo.

—Ten cuidado, Spencer —dijo Linn—. No quiero que le desencajes la mandíbula.

—Le pegaré suave.

Disparó contra la cara de Benson y éste recibió el golpe y salió disparado hacia atrás, cayendo en el polvo. Después de dar una vuelta de campana quedó en cuclillas, pero ahora en su diestra exhibía el «Derringer» ya que su sombrero había quedado en el suelo.

Los tres pistoleros se quedaron con la boca abierta mirando el arma que les apuntaba.

Linn escupió la punta del cigarrillo y movió la mano.

Benson hizo un disparo y la bala rozó la cara de Linn, e hizo un agujero en la pared.

Inmediatamente, el forajido desistió de sacar el revólver.

Spencer, el que había pegado a Lloyd, tragó saliva.

—Todo ha sido una Broma, muchacho.

—Naturalmente —sonrió Benson—. Todo fue una broma.

Los tres pistoleros profesionales se pusieron a reír y Linn dijo:

—Sólo quisimos pasar un buen rato y lo hemos conseguido, ¿verdad, Benson?

—Desde luego —asintió Lloyd—. Y vamos a seguir pasándolo. Hasta ahora sólo actué yo, y es justo que cada cual haga algo para que la diversión continúe.

—No sabemos hacer nada —dijo Spencer.

—Pero sabréis cantar. Apuesto a que sí. —Lloyd se acarició la mejilla—. Vi un número muy bonito en Abilene hace cosa de un mes. Tres chicas salían al estrado del Palacio de las Damas, y se ponían de rodillas a cantar Aflójame el corsé, caballero. Seguro que lo habéis visto vosotros también. Se ha hecho famoso en todas partes.

Los tres hombres movieron débilmente la cabeza.

—Bien, chicos —prosiguió Benson—. Al suelo los tres.

—¿Cómo? —exclamó Linn—. No podemos hacer eso —dijo, señalando con la mano hacia la gente que presenciaba la escena.

—¡He dicho al suelo! —ordenó Lloyd, y curvó el dedo sobre el gatillo.

Linn, Spencer y Morgan se dejaron caer de rodillas.

—Bien, chicos, empezad a cantar.

Las caras de los tres forajidos estaban muy pálidas.

—Os voy a conceder dos segundos para que empecéis, muchachos —anunció Benson—. ¡Uno…!

Los tres a una se pusieron a cantar con voz desafinada:

Somos tres inocentes muchachitos, a las que les aprieta el corsé.

Nos ahogamos, caballero; ¿quiere aflojárnoslo usted?

—¡Más fuerte! —gritó Benson—. Y con un poco más de aire. Eso se dice moviendo un poco los hombros. ¡Vamos, repetidlo!

Los tres forajidos volvieron a cantar el estribillo moviendo a un lado y otro los hombros.

Los hombres que había en la calle se estremecían de risa, y dos de ellos se habían derrumbado en el polvo, y había otros cuantos que lloraban cogiéndose el estómago.

Finalmente, Benson hizo una señal.

—Ya está bien, chicos.

—¡Mátalos por detrás, Jimmy! —gritó Linn.

Benson empezó a volverse instintivamente, pero antes de que terminase de girar, brotó un chispazo en su mente. Linn sólo le había tendido una trampa.

Saltó en el aire revolviéndose, y efectivamente, vio a los tres

forajidos con los revólveres ya en la mano.

Linn fue el primero en disparar, y Benson sintió cómo la bala le silbaba entre la barbilla y el hombro.

Luego él apretó el gatillo, no concediéndoles otra oportunidad.

Los tres hombres se estremecieron convulsivamente al recibir el plomo. Adoptaron extrañas posturas, y luego se abatieron soltando maldiciones, y allá quedaron los tres, inmóviles, uno boca arriba y los otros de bruces, inmóviles, porque estaban muertos.

Los hombres que un momento antes reían, habían echado a correr asustados, en busca otra vez de un refugio.

Lloyd se puso en pie y sopló el cañón del «Derringer». Luego, rápidamente, metió la mano en el bolsillo y sacó unos cuantos proyectiles, con los que repuso la carga de su arma favorita.

El *sheriff* bajó de la acera con el «Colt» en la mano. Sus ojos denotaban asombro.

—Infiernos, Benson, ¿qué es lo que pasó?

Lloyd guardó el «Derringer» en el sombrero, y después de cubrirse con él la cabeza, echó a andar hacia el establecimiento, mientras decía:

—Tres amigos y yo decidimos pasar un rato divertido.

CAPÍTULO X

Tom Melville llenó el vaso de *whisky* y bebió un trago. Estaba solo en la cabaña, paseando nervioso de un lado a otro.

De pronto oyó a lo lejos una fuerte galopada y quedó quieto, a la espera.

Al cabo de un rato, los jinetes llegaron ante la cabaña y él sacó el revólver por pura precaución, pero de pronto, la atmósfera fue rasgada por un grito femenino, y entonces, sus labios sonrieron.

—¡Déjeme! ¡No me toque!

Abrióse la puerta de la cabaña y por el hueco apareció una mujer que trastabillaba porque había sido empujada desde fuera.

Melville la recorrió de pies a cabeza con la mirada. Infiernos, Heidi Lewis era una auténtica hembra.

Max Winter penetró en la estancia, seguido de ocho de sus hombres.

—Esto es un secuestro —exclamó Dolly Malone—. Y lo van a pagar caro.

Max Winter sonrió, señalando a Melville.

—Está en buenas manos, señorita Lewis. No tiene por qué preocuparse. Aquí tiene a una persona para quien usted es un auténtico tesoro —estaba señalando al ex capataz del Doble Barra, y la joven se volvió para mirarlo.

—No lo conozco.

Melville inclinó la cabeza, sonriente.

—Encantado, señorita Lewis. Es un honor para mí tenerla al fin conmigo.

—Oiga, usted debe estar chiflado. ¿Es que no lo ha oído? No lo he visto en mi vida.

—Soy su capataz, señorita Lewis.

—¿Mi capataz…? —De pronto la joven pareció comprender y en su rostro se reflejó una expresión de temor—. No puede ser, Tom Melville murió…

Tom sonrió.

—Fue solo una trampa. Hice mis cálculos y pensé que usted y su amigo, el señor Benson, me denunciarían al *sheriff* después de haber sido informados por Marly Craig, que había matado a su hermanastro y a Pat Mac Cloy. De modo que decidí retirarme del mundo de los vivos para que me dejasen en paz…

—Entonces, ¿aquel cadáver…?

—Era el de su conocido Marty Craig.

—¡Es usted un miserable, señor Melville!

—Puede usted desahogarse si quiere, señorita Lewis, pero procure terminar pronto porque usted y yo tenemos un negocio pendiente.

—Nosotros no tenemos nada que hablar, Melville.

—Sí, señorita Lewis. Usted va a vender el rancho.

—¿Se ha vuelto loco?

—Lo va a vender y el dinero será para nosotros y si no lo hace morirá.

Hubo un silencio en la estancia. La joven inspiró profundamente, diciéndose que ahora debía confesar la verdad. Ella no era Heidi Lewis, sino una *girl* de *saloon* que había suplantado la personalidad de la dueña del Doble Barra. Ella no podía vender el rancho, porque cualquier documento que firmase carecería de valor. Pero se preguntó si aquellos hombres la creerían. La respuesta fue rápida. No, los forajidos pensarían que sólo trataba de ganar tiempo. Ella era Heidi Lewis. Así las cosas, ¿qué trabajo le costaba firmar un documento autorizando la venta?

—¿A favor de qué persona ha de realizar la operación?

—De nadie, señorita Lewis. Usted sólo autorizará la venta. El comprador será cuenta mía.

—¿Prometen dejarme libre después que haya firmado?

—No, preciosa. Usted podrá volverse atrás. Permanecerá aquí con nosotros hasta que la operación quede ventilada. En cuanto el hombre que vaya al pueblo haya cancelado el asunto y nos traiga el dinero, usted podrá marcharse por su lindo pie.

La joven se mordió el labio inferior y por último dijo:

—De acuerdo, señor Melville. Estoy dispuesta.

El *sheriff* George Carson estaba sentado tras su mesa leyendo la primera página de *El Centinela de Grove Hill*, cuando la puerta de su oficina se abrió de golpe y el juez Jackson entró precipitadamente en la estancia.

—¡*Sheriff*, es increíble!

El representante de la ley dio un respingo, dejando el periódico sobre la mesa.

—¿Que le pasa, juez? ¿Ha vuelto por aquí Jesse James?

Jackson se dejó caer en una silla, resoplando.

—Peor que eso, *sheriff*… Heidi Lewis no es… es Heidi Lewis.

El representante de la ley arrugó el entrecejo.

—Le comprendo, juez. Fue a catar la nueva remesa de *whisky* que recibió Bill *el Tonelero*.

Jackson encendió las mejillas.

—No pruebo el *whisky* desde que me lo prohibió el doctor Dugarty.

Carson sonrió.

—A mí no me engaña, juez. Sé que guarda una botella de *whisky* en el armario donde tiene usted los libros de jurisprudencia. Me lo dijo Shirley, la mujer que le hace la limpieza.

—Está bien, *sheriff*. Bebo de vez en cuando un trago. Sé mejor que el doctor Dugarty que me viene muy bien para el riñón… Pero nos hemos apartado de la cuestión principal y le repito que sé lo que me digo. Esa joven que conocemos con el nombre de Heidi Lewis es sólo una impostora.

—Oiga, juez. ¿Por qué no se va a dormir un rato?

Jackson sacó un sobre del bolsillo y lo arrojó sobre la mesa del representante de la ley.

—Puede leer usted mismo esa carta. La recibí hace un rato. La verdadera Heidi Lewis me comunica que acepta la herencia y que dentro de ocho días llegará a Grove Hill.

—¿Y si fuese ella la impostora?

—La mujer que continúa en Kansas City ha pensado en todo y hace acompañar la carta con un certificado de nacimiento firmado por dos abogados. No hay duda alguna. La chica morena que nosotros recibimos en la estación es sólo una aventurera.

Carson sacó febrilmente los documentos que había dentro del

sobre y se puso a leerlos. Cuando hubo terminado, golpeó la mesa con el puño.

—Está todo claro. Ella se llegó aquí con ese Lloyd Benson y el muchacho está disminuyendo a marchas forzadas el censo de Texas.

—La verdad es que a mí me resultaron simpáticos.

—Todos los pillos lo son —exclamó el *sheriff*, levantándose—. Pero ahora les voy a ajustar las cuentas. ¿Viene conmigo, Jackson?

—No me gusta la música de balas y vi desde la ventana de mi casa de qué forma ese Lloyd Benson se deshacía de los tres forajidos.

—Muy bien. Como quiera —el *sheriff* se asomó por el corredor que conducía a las celdas—. Eh, Tony.

Se oyeron pasos y por el hueco apareció un tipo larguirucho de párpados semicerrados.

—A la orden, jefe.

—Vamos a por Benson.

—¿A por quién?

—Lloyd Benson.

—Oiga, *sheriff*, esta tarde me empezó a dar la lata la úlcera. No puedo dar un paso…

—Déjate de historia. Tony. Te he llamado para que me cubras las espaldas. Te quedarás en el vestíbulo del hotel Nacional y yo subiré a la habitación de Benson.

—Sí, señor —exclamó Tony y desenfundó el revólver.

—No hace falta que lo saques ahora. Guarda esa arma.

Salieron de la oficina acompañados de Jackson, el cual quedó en su casa cuando pasaron frente a ella.

Poco después, el *sheriff* y su ayudante llegaban al hotel.

El *sheriff* preguntó al encargado:

—¿Está arriba Lloyd Benson?

—Sí, señor. Lo vi pasar hace un momento. Es la habitación número trece. Vaya tipo, ¿eh, *sheriff*?

—A ese tipo le voy a ajustar yo las cuentas. Listo, Tony.

Tony desenfundó como una centella y fue a parapetarse tras la columna central, donde había un diván.

Carson también exhibió su «Coll» y subió arriba. Llegado ante la puerta número trece, le dio la vuelta al tirador, pero no pudo abrir porque la puerta estaba cerrada por dentro.

—¿Quién va? —Oyó la voz de Benson.

—Abra a la ley, muchacho.

—Enseguida, *sheriff*.

La puerta quedó abierta y Carson penetró en la estancia, apuntando con el arma al estómago del joven.

—Eh, ¿qué le pasa a usted, *sheriff*? —protestó el muchacho—. Tenga cuidado, no se le vaya a disparar.

—Sé la verdad, Benson… Usted y esa morena armaron un tinglado para hacerse con el rancho Doble Barra. La verdadera Heidi Lewis los acaba de desenmascarar.

Lloyd sacudió la cabeza.

—Me imaginaba que llegaría la catástrofe.

—No se preocupe. Usted y la muchacha le cayeron simpáticos al juez. Seguro que se conforma con imponerles una condena de diez años.

—No desvaríe, *sheriff*. Dolly y yo no hemos cometido ningún delito.

—Claro que no. Sólo vinieron aquí a pasar unas vacaciones, pero como encontraron Grover Hill muy aburrido, usted se entretiene en disparar contra el primer tipo que se le pone por delante.

—Usted sabe tan bien como yo que he disparado siempre en legítima defensa.

—Oiga, Benson, en ese condenado asunto terminaré por no saber siquiera quién soy yo, y para cuando ese momento llegue, quiero tenerlo a usted entre rejas.

—Le voy a contar la verdad, Carson, y luego juzgue.

Lloyd le habló de Dolly, del deseo que había sentido la joven de sustituir a la heredera del Doble Barra. Luego agregó:

—Cuando la señorita Lewis sepa que gracias a Dolly ha salvado la vida, estoy seguro de que se sentirá muy contenta y apuesto a que le da una recompensa.

El *sheriff* se rascó una mejilla con el cañón del revólver.

—Maldita sea… Yo llevaba una vida muy tranquila en este pueblo y desde que ustedes aparecieron, Grove Hill se ha convertido en un infierno.

—Tenga un poco de paciencia y todo se arreglará.

—¿Paciencia…? ¿Hasta cuándo, Benson…? ¿Quizá hasta que usted haya liquidado una docena más de tipos con su cañoncito?

No, Benson. Yo lo arreglaré a mi manera y, entretanto, va a estar en una celda durmiendo tranquilamente. Y esta vez no le permitiré que haga juegos malabares con su sombrero.

Carson se adelantó rápidamente y cogió el «Stetson» que estaba sobre la mesa de noche.

—Le pido que recapacite, *sheriff*. El asunto no ha concluido con los tres fulanos que liquidé esta tarde en la calle Mayor. Estuve pensando en todo lo que ha ocurrido hasta ahora y me parece demasiado extraño.

—Andando, Benson. Seguirá pensando en la cárcel.

—No me puede detener sin una acusación, *sheriff*.

Carson permaneció unos instantes pensativo y finalmente dijo con voz triunfal:

—Ensució las calles.

—¿Yo, *sheriff*? Soy una persona la mar de educada. Siempre tiro mis sobras a la papelera.

—Pero hoy se dejó olvidado tres cadáveres —sonrió el *sheriff*—. Andando, Benson.

Lloyd dio un suspiro y salió de la habitación, seguido del representante de la ley.

Cuando bajaban la escalera, Tony, el ayudante, apareció temerosamente por detrás de la columna, levantando el revólver.

Lloyd pasó de largo hacia la puerta y justamente en ese instante entró en el hotel un señor muy gordo.

Lloyd decidió que ésta era su mejor oportunidad. Cogió al tipo obeso por el brazo y le pegó un empellón contra el *sheriff*. Luego saltó agachado hacia la puerta, por donde desapareció como un rayo.

Dobló a la derecha y se introdujo en el *saloon* Nacional, por donde cruzó serpeando por entre las mesas. Abrió la puerta del fondo y trepó por la escalera.

Encontróse ante un corredor donde había una puerta al fondo. Encaminóse a ella y de pronto se abrió una a la derecha y en el hueco vio a Cherry, la pelirroja que se había puesto de acuerdo con Walter para armarle la trampa.

—¿A dónde da esa puerta, nena? —le preguntó, señalando la que había al final del pasillo.

—A la parte trasera.

—No me interesa, porque es el primer lugar donde irá el *sheriff*.

—¿El *sheriff*?

—Es muy largo de contar, Cherry, pero te puedo asegurar que no he hecho nada ilegal.

—Entre aquí. Yo le ayudaré.

El joven entró en la habitación donde había una cama, una mesilla de noche, un lavabo y una gran valija.

—No sirve, Cherry. En cuanto lleguen aquí me encontrarán —detuvo los ojos en una ventana—. ¿Dónde da eso?

—A la calle Mayor.

En ese momento se oyó la voz de Carson en el exterior:

—Eh, muchachos, échenme una mano y acordonen el *saloon* Nacional. Lloyd Benson se ha colado ahí dentro y es preciso que no escape.

—Si salgo por la ventana me utilizarán para tirar al blanco.

La hermosa pelirroja se pellizcó el mentón.

—¿Qué podríamos hacer?

Los dos se pusieron a pasear, cruzándose en el centro del cuarto.

De pronto, la joven se detuvo.

—¿Tiene algo que ver su persecución con la venta del rancho Doble Barra?

Benson la miró con el ceño fruncido.

—¿De qué venta hablas, Cherry?

—Hace un instante estuvo aquí un hombre que se ha hecho muy amigo mío. Se llama Henry Sargis. Me dijo que había quedado citado en casa del juez Jackson con un tal Red River para venderle el rancho Doble Barra.

—Oye, eso es fantástico. ¿Cómo infiernos va a vender Henry el rancho Doble Barra…? —El joven se interrumpió, porque acababa de comprender el significado de todo aquello—. ¡Por todos los santos! Eso sólo quiere decir una cosa.

—¿El qué, Lloyd?

—Esos bandidos han hecho prisionera a Dolly.

—¿Dolly? ¿Quién es Dolly?

—Es un asunto demasiado complicado para explicártelo ahora, pero sólo te puedo decir una cosa, muchacha. He de salir de aquí, aunque sea volando.

Lloyd se dirigió hacia la ventana cuando oyó una carcajada en la

habitación de al lado y luego una voz que decía:

—¡Viva el *whisky*!

Benson giró sobre sus talones, enfrentándose de nuevo con la muchacha.

—¿Quién hay en ese cuarto?

—Está Fifi con uno de sus amigos, un tal O'Hara, que apenas llega al *saloon* se emborracha.

Lloyd se quedó unos instantes pensativo y finalmente hizo entrechocar los dedos.

—Sígueme, Cherry. Creo que ya tengo la solución.

Entraron en la habitación de al lado, donde había un hombre de talla mediana con una rubia muy opulenta. El tipo se levantó con un vaso en la mano para recibir a sus visitantes.

—¡Alegría, muchachos! Beban *whisky* ahora que pueden. Se acerca el final del mundo… Lo leí en un diario de Nueva York. El cometa Hanley chocará contra la Tierra el próximo tres de agosto.

—Gracias, amigo —dijo Lloyd y cogió el vaso que debía corresponder a la rubia. Escanció en él una gran ración de *whisky* y aprovechó el viaje para llenar el de O'Hara.

—Por la bienaventuranza de todos los justos —dijo el borracho.

—Así sea —convino Lloyd.

Mientras bebía, observó la cara del tipo. Portaba grandes mostachos y su cabeza era muy grande.

Rápidamente, el joven dejó el vaso en la mesa y cogió la botella por el cuello. Se puso detrás de O'Hara, el cual continuaba bebiendo, y le atizó un cachiporrazo en la cabeza. O'Hara puso los ojos en blanco y empezó a derrumbarse, diciendo:

—¡Se acabó el mundo, muchachos! ¡Ya viajo por entre las estrellas…! ¡Bienaventurados sean todos los justos!

CAPÍTULO XI

O'Hara se desplomó en una silla, quedando despatarrado.

Fifi exclamó:

—¿Qué ha hecho con él? Lo ha matado.

—Le pegué con mucha suavidad —dijo Lloyd—. No se preocupe. Cuando despierte se sentirá mucho mejor. Necesito unas tijeras.

Cherry fue a una mesilla de noche y abrió un cajón, del cual extraño el adminículo que Lloyd necesitaba.

Benson se dio mucha prisa en cortar los mostachos del borracho y luego, mojándolos en *whisky*, los aplicó sobre su labio superior.

Completó su disfraz con la chaqueta y el sombrero del propio O'Hara. Todo le venía muy grande, especialmente el sombrero, el cual se hundió hasta los ojos. Para terminar, despojó al justo de su cinturón canana, provisto de un «Colt». Estaba seguro de que lo iba a necesitar.

—¡No tiene derecho a hacer eso! —exclamó Fifi.

Lloyd sacó un fajo de billetes y separó veinte dólares, que arrojó sobre la mesa.

—Eso es para vosotras. Tenéis que sacarme de aquí como si estuviese borracho.

Las dos *girls* se repartieron el dinero, aceptando el papel que Benson les confiaba.

Se oyó otra vez la voz del *sheriff* fuera:

—¡Eh, Benson, escúcheme bien! Hasta ahora no he ordenado que entren a por usted. Tenemos la casa rodeada y no le hemos dejado ningún resquicio. Sólo un ratón podría escapar, pero usted es un hombre.

—Vamos, muchachas —dijo Lloyd—. Adelante.

Pasó los brazos por los hombros de las muchachas, teniendo una

a cada lado y así salieron de la habitación. Al llegar a la escalera descendieron dando traspiés y Lloyd se puso a cantar la canción *No me gusta beber, porque veo doble a mi suegra*.

Al llegar al *saloon*, hundió la cabeza en el pecho haciendo como que perdía el equilibrio. Cherry y Fifi hacían esfuerzos para sostenerlo.

Los clientes se habían apartado a los dos lados de la estancia, dejando libre el camino que conducía a la puerta de la calle. Al llegar a ésta, el propio Lloyd abrió las batientes pegándoles un patadón.

El *sheriff* estaba en la calle con no menos de veinte hombres que portaban rifles y revólveres.

Lloyd cambió la voz.

—¿Qué les pasa a esos tipos? —tartajeó—. ¿Qué hacéis con las armas en la mano…? ¿Es que no sabéis que se acerca el final del mundo?

Uno de los hombres dijo:

—A ese O'Hara debía encerrarlo, *sheriff*. Siempre está con la misma idea de que vamos a ir al infierno, porque el mundo va a estallar en pedazos.

Lloyd hizo girar a las muchachas y empezaron a alejarse por la acera, mientras gritaba:

—¡Algún día lo pagaréis…! ¡El fin está cercano!

Al llegar a la altura de la casa del juez, Lloyd habló con su voz natural:

—Gracias, muchachas. Os habéis portado como dos amigas. Yo me quedo aquí.

Se despidió de sus colaboradores en la fuga y empujó la cancela del jardín, subiendo al porche de la casa.

Llamó suavemente con el revólver y le abrió una señora muy obesa.

—Quiero ver a Su Señoría.

—Lo encontrará en su despacho —dijo la mujer, abriendo una puerta que había a la derecha.

Lloyd sorprendió al juez atizándose un latigazo de *whisky* y Su Señoría se vio súbitamente atacado por un golpe de tos.

—¡No saque el revólver, Benson! —gritó—. Padezco del corazón.

Benson avanzó hacia la mesa.

—Oiga, juez, no vengo a hacerle ningún daño, sino a poner las cosas en claro. Dentro de un rato llegarán aquí unos fulanos para realizar una operación de venta. Uno de los tipos, es un tal Henry, que trae una autorización de venta del rancho Doble Barra. El otro es Red River, el presunto comprador. Esa hacienda no se puede vender porque la firmante de la orden, Heidi Lewis, no es realmente Heidi Lewis.

Jackson había quedado con la boca abierta y de pronto se puso a reír.

—Entonces usted no es un pistolero.

—Naturalmente que no, juez. Soy una bellísima persona. En Cocoanut Rinocerus me llamaban Lloyd *el Destripador*.

—¿Cómo?

—Sí, señor, destripaba a todos los tipos mal nacidos y bastardos que pretendían jugársela a los primos.

El juez sacó la botella del cajón y bebió un trago.

—Oiga, Benson, por lo que más quiera, ¿qué es lo que se propone realmente?

—Echar mano a los bandidos que pretenden sacar provecho del rancho Doble Barra.

—No destripe aquí a nadie, señor Benson. A mi esposa no le gustaría que le manchase la alfombra.

—Descuide, juez. Soy un tipo muy limpio.

En ese instante llamaron a la puerta y el juez dio un respingo.

—Ya están ahí.

Se puso en pie y echó a correr hacia la ventana, la cual abrió con ánimo de escapar por el hueco, pero Lloyd se dio mucha prisa y lo alcanzó por los bajos de la chaqueta.

—¿Adónde va con tanta prisa, juez?

—Hoy he leído en el diario que se ha descubierto oro en California y quiero llegar de los primeros.

Oyéronse voces en el vestíbulo y Lloyd dijo:

—Vuelva a su silla, juez, y estese quieto. Yo me pondré contra la pared para que no me vean hasta que estén dentro.

Jackson soltó un gemido mientras volvía a ocupar la silla tras la mesa.

Abrióse la puerta y la esposa del juez anunció:

—Dos caballeros quieren verte con mucha urgencia, Jackson.

—Adelante —galleó Su Señoría.

Henry Sargis entró en la estancia, seguido de un hombre robusto cuyo costado derecho de la cara estaba lleno de verrugas.

—Buenas noches —dijo Henry y de pronto volvió la cabeza, observando a Lloyd Benson—. ¿Qué hace este hombre aquí?

Al propio tiempo que hacía su pregunta, comenzó a sacar el revólver, pero Lloyd le tomó mucha ventaja y exhibió el suyo.

—Quieto, Henry, o te hago la trepanación.

El forajido apretó nerviosamente los maxilares.

—Baje ese revólver, Benson, y escape de este despacho ahora que tiene oportunidad.

Lloyd sonrió, mostrando su blanca dentadura.

—Grove Hill me resulta cada vez más excitante, Henry. Es un pueblo donde no os priváis de nada y yo soy un fulano al que le gustan las emociones fuertes.

—Éste no es asunto suyo.

Benson señaló al hombre de las verrugas, el cual portaba una valija con la zurda.

—Usted es Red River y ha venido aquí a comprar el rancho Doble Barra.

—Sí —asintió—. Pero se trata de algo completamente legal. El señor Sargis me ha enseñado una autorización firmada por la señorita Lewis.

Benson explicó una vez más la verdadera personalidad de la joven que había conocido en el tren y cuando hubo terminado, Red River se dejó caer en un sillón.

—Demonios, he estado a punto de cometer una locura.

Henry no estaba menos asombrado que el hombre que iba a comprar.

—No le creo una palabra de ese cuento, Benson. Usted es sólo un trotamundos con mucha pupila y está decidido a sacar una buena tajada de todo esto.

—Cierre la boca, Henry. Yo soy el único que habla aquí, pero necesito pensar un poco.

Jackson aprovechó la pausa para beber un trago de la botella.

—Deje el biberón, Jackson —dijo Lloyd—. Me está dando sed.

—Beba, si quiere.

—No, gracias. Necesito mis cinco sentidos para pensar.

Hubo un silencio en la estancia que el propio Lloyd interrumpió un minuto más tarde.

—Anda, Henry. Empieza a hablar.

—No tengo nada que decir.

Lloyd levantó el revólver.

—¿Quiere que le haga la raya en el cabello?

—No se atreverá a hacerme daño.

Lloyd avanzó sobre él y le soltó un trallazo con la izquierda.

Henry no se esperaba el súbito ataque y después de recibir el golpe en la mejilla cayó en un sillón y rebotó al suelo. Desde allí miró asombrado al joven.

—¡Maldito sea, Benson!

—Escucha, Henry. No me gusta lastimar innecesariamente a las personas, pero tú vas a soltar lo que tienes en el buche o te juro que te hago crujir los huesos. Sé unas cuantas cosas como, por ejemplo, que habéis secuestrado a Dolly Malone tomándola por Heidi Lewis.

—Está en una cabaña.

—¿Dónde?

—En el desfiladero del Perro.

—Muy bien, muchacho, tú me llevarás allí, pero antes me has de decir con qué tipos me voy a encontrar en aquel lugar.

—No tiene nada que hacer, Benson. Allá están Max Winter y sus muchachos. Ellos le darán la medicina que usted está pidiendo a gritos.

—Tiene que haber otra persona además de Winter… ¿Verdad, Henry?

—No sé a qué se refiere.

—A Tom Melville.

Jackson saltó del sillón.

—¿Tom Melville…? Pero ¿es que no se acuerda de que está muerto, Benson?

—Yo no estaría dispuesto a jurarlo. Melville era el jefe del complot que él mismo había organizado para hacerse dueño del Doble Barra. Según yo pienso, debió informarse de que había sido descubierto y entonces lo preparó todo para que se le diese por muerto. Le he estado dando vueltas al asunto y ésas son mis conclusiones.

Sargis hizo un gesto afirmativo.

—Está bien, Benson. Usted gana. Tom Melville está allí. Es mucho más listo que usted y eso le debe indicar que saldría ganando si nos dejase en paz.

Lloyd se dirigió a Red River:

—¿Dejaron los caballos en la calle?

—Sí.

—Muy bien, Henry, vamos allá.

Jackson se puso en pie.

—Oiga, Benson, tal como están las cosas debe ir con el *sheriff*.

—El *sheriff* me está buscando para encerrarme y necesitaría mucho rato para convencerlo de que Melville es el vivales del condado. De eso se encargará usted, Jackson. Yo me largo. Dolly Malone debe estar pasando un mal rato con esos forajidos. Se me anudan las tripas pensando en que ella quiso retirarse del asunto y yo la disuadí para que siguiese representando su papel…

Lloyd desarmó a su prisionero.

—No tenemos tiempo que perder. Me has de llevar directamente al desfiladero del Perro.

—Lo haré con mucho gusto, Benson, porque será allí justamente donde encontrará su fosa.

—Qué tipo más simpático eres, Henry.

Cruzaron el jardín, y una vez en la calle, montaron en las sillas.

Seguidamente emprendieron una fuerte galopada.

Lloyd dejó que Henry le tomase alguna ventaja, para evitarle cualquier deseo de saltar sobre él durante el viaje.

Pero Henry estaba muy seguro de que Benson no lograría nunca alzarse con la victoria, porque no intentó nada durante la hora que invirtieron en llegar a su destino.

El viento silbaba, arrancando aullidos de los riscos.

Henry señaló hacia la cabaña, cuyas ventanas iluminadas se veían al fondo del valle.

—Allí tiene el refugio de Melville y de Max Winter —sus labios sonrieron—. ¿Qué va a hacer ahora? Usted está solo y tiene únicamente un par de revólveres.

Benson desenfundó uno de los «Colt».

—Pie a tierra, Henry.

Los dos saltaron de las sillas y, sin concederse una pausa, Lloyd propinó un culatazo en la cabeza de Henry, el cual lanzó un gruñido

y se desplomó sin sentido en el suelo.

Luego Lloyd lo ató con la cuerda de cáñamo que el propio Sargis llevaba en el caballo y lo amordazó con el pañuelo.

Por último, lo arrastró hasta dejarlo entre unos arbustos.

Entonces Lloyd dio un suspiro y empezó la ascensión hacia la cabaña donde Dolly Malone se encontraba prisionera.

Capítulo XII

Max Winter miraba fijamente a Dolly Malone. Él estaba recostado en la pared y ella miraba al exterior por la ventana.

Cinco hombres jugaban al póquer alrededor de una mesa y uno de ellos era Tom Melville. Otros cuatro tipos dormían en una habitación adyacente.

Dolly se sintió molesta por la mirada insistente que le dirigía Winter.

—¿Es que no ha visto nunca una mujer?

—Sí, nena. He visto muchas, pero ninguna se puede comparar contigo. Todas tenían un defecto u otro. Las he conocido de cara bonita y de remos feos. Otras estaban fascinantes de curvas, pero llegaron tarde al reparto de narices. Tú eres completa. Lo tienes todo.

Ella lo fulminó con los ojos y le dio la espalda yendo a la otra parte de la entrada.

Max Winter rió entre dientes.

—Y además de eso eres orgullosa.

Dolly se volvió bruscamente.

—¡Déjeme en paz! Ya les firmé el documento que querían y ése fue el trato.

Tom Melville dobló la cabeza, riendo también.

—No seas así, nena. Lo mejor que te podría ocurrir es que Max Winter se encaprichase contigo. Es un tipo tan famoso como el Rey del Cobre.

—Un criminal, un forajido. Eso es lo que es Max Winter.

El propio Winter fue a replicar, pero de pronto se oyó el aullido de un coyote y su rostro se demudó. Algunos de sus hombres lo miraron interrumpiendo la mano de póquer.

Cesó el aullido del coyote y Winter prestó atención otra vez a Dolly.

—Oye, chica, después de este golpe tengo pensado ir hacia el norte. Estoy seguro de que a ti te gustaría el viaje.

—Váyase al cuerno.

—Te compraría los mejores vestidos… Soy un tipo con muchos detalles finos.

—Antes me iría con un indio que con usted.

—Ten cuidado con lo que dices o te la ganarás. No he consentido que nadie me desprecie.

—Ya le he dicho que se mantenga alejado de mí.

De pronto se oyó otra vez el aullido del coyote.

—¡Maldita sea! —gritó Max Winter—. Charlie, ¿es que no oyes a ese maldito animal?

—Sí, jefe, lo estoy oyendo, pero tú no me has dicho nada.

—¿Cuántas veces os tengo que advertir que el coyote es el animal que más odio en el mundo? ¡Sal de una vez fuera y haz callar a ese repugnante bicho!

El llamado Charlie, un tipo de mediana estatura, muy delgado, dejó los naipes sobre la mesa, rezongando:

—Justamente ahora que tenía un trío de reyes.

—¿Qué es lo que estás diciendo, Charlie? —retrucó Max.

—Nada, jefe. Pensaba en voz alta.

—Entonces, procura callar tus pensamientos o un día te encontrarás con una bala.

—Sí, jefe —murmuró Charlie y salió de la estancia.

Max Winter se dirigió a otro de sus hombres que estaba junto a la mesa.

—Eh, tú, Jeff. ¿Es que no hay *whisky*?

—Nos quedan un par de botellas.

—Descorcha una y trae dos vasos. La muchacha va a beber conmigo.

Dolly levantó la barbilla.

—No beberé con usted.

Los ojos de Winter se convirtieron en rendijas llameantes.

—¿Quién dice que no, preciosa? Cuando Max Winter invita a alguien, la persona que el elige debe darse por satisfecha.

Jeff pasó a la habitación de al lado y al cabo de un rato regresó

con la botella y los dos vasos, que limpió de polvo con su sucia manga.

Winter sostuvo los vasos, mientras su compinche escanciaba el líquido. Luego el jefe de la pandilla se acercó a Dolly.

—Cógelo, nena.

La joven titubeó unos instantes, pero por último aceptó el vaso.

Max Winter levantó el suyo para brindar, pero se quedó en esa posición, con el brazo en alto, cuando oyó otra vez el coyote.

Su rostro que había empezado a sonreír, se tornó serio.

—¿Qué es lo que ha hecho ese maldito de Charlie? ¿Por qué no le ha pegado un tiro al animal…? ¿Porqué? —Se volvió bruscamente, mirando a sus hombres—. ¡Sonny, Douglas! Salid fuera y llenad de plomo a esa condenada bestia… ¿Qué estáis esperando, maldita sea? ¡Os he dado una orden!

Los dos hombres se pusieron en pie de mala gana, aunque guardasen silencio, e inmediatamente se dirigieron a la puerta, por la que salieron cerrando tras sí.

La frente de Max había empezado a transpirar sudor y sacó el pañuelo con la mano libre. Después de enjugarse sonrió a la muchacha.

—Perdona, chica. A veces se me alteran un poco los nervios. Es sólo cosa pasajera. En cuanto mis hombres hayan acabado con ese asqueroso «cuatro patas» todo quedará arreglado.

—¿Arreglado para quién?

—Para ti y para mí.

—Usted se dará por satisfecho con los miles de dólares que va a ganar vendiendo el rancho Doble Barra, pero a mí no me tocará con un solo dedo.

—No, nena. Con un solo dedo, no, te tocaré con los diez.

Tom Melville soltó una risotada.

—Infiernos, Max. No sabía que fueses tan chistoso.

Los muchachos de Winter corearon con grandes risotadas la salida de su jefe.

Winter sonrió por aquel homenaje a su ingenio.

De pronto sonó un estampido.

Los ojos de Winter se iluminaron, mientras el tajo de su boca se ensanchaba en una sonrisa.

—Estupendo. Sonny y Douglas acaban de liquidar al coyote.

Sabía que podía confiar en ellos —alzó otra vez el vaso—. Brindo por nosotros.

Dolly se dijo que, tal como estaban las cosas, no debía contrariar al forajido. Llevóse el vaso a los labios y bebió un pequeño trago. Sintió cómo el *whisky* le quemaba en las venas y eso sirvió para reconfortarla.

Por el contrario, Max apuró el contenido de su vaso y echó a andar hacia la mesa donde su hombre había dejado la botella para servirse una nueva ración. Cuando se encontraba a la mitad de camino, el aullido del coyote rompió el silencio de la noche.

Por unos instantes en la estancia se hizo tal silencio que se pudo oír el roer de una polilla.

De pronto Max tuvo un acceso de ira y arrojó el vaso contra la pared, haciéndolo añicos.

—¡Malditos sean todos! ¿Qué clase de inútiles elegí como compañeros…? ¿Es que tres hombres no van a poder contra un miserable coyote?

La puerta se abrió y Lloyd Benson entró en la estancia, diciendo:

—El coyote pudo con todos.

Se detuvo en el umbral moviendo el revólver en abanico.

Melville quedó inmóvil en la silla, pero no así el hombre que se sentaba a su derecha, el cual se puso en pie, desenfundando el revólver.

Lloyd apretó el gatillo y oyóse un disparo.

El fulano que se había querido pasar de listo lanzó una maldición cuando la bala le cruzó la palma de la mano, mientras su arma golpeaba contra el suelo.

La cara de Dolly Malone estaba resplandeciente de alegría.

—¡Lloyd…! ¡Eres maravilloso!

—¿Quién es Melville, nena?

Dolly lo señaló con el dedo.

—Ahí lo tienes.

Benson miró al capataz.

—Bebía meterle un par de plomos en la cabeza, pero no quiero hacer justicia por mi mano. El pueblo lo colgará de una encina, dándole el castigo que se merece.

Melville apretó los dientes con rabia y luego trató de serenarse.

—Escuche, Benson. Todavía puede haber un arreglo.

—Cierre la boca o se la cierro yo.

—Le daré un par de miles si me deja en paz. ¿Qué va a ganar usted con entregarme al *sheriff* de Grove Hill? Usted ni siquiera pertenece a la comunidad.

—Todo el mundo en pie —ordenó Benson.

Melville y el otro pistolero, que se mantenían sentados, obedecieron la orden.

—Pónganse contra la pared, junto a la chimenea, y levanten los brazos. La muchacha los desarmará. Si alguno de ustedes intenta cualquier cosa, le juro que se queda sin cabeza.

Dolly gritó:

—¡Dentro de ese dormitorio hay otros cuatro hombres!

Benson se apartó rápidamente del camino que pudiesen seguir las balas.

Max Winter sonrió.

—Somos demasiada gente para usted, Benson. ¿Por qué no se da por vencido?

—Les dije que se pusieran contra la pared —retrucó Lloyd—. Inviertan más de tres segundos en hacerlo y le juro que no lo cuentan.

Winter y todos los demás se dieron mucha prisa en ponerse cara al muro con los brazos levantados.

De súbito se abrió la puerta tras la que se encontraban los cuatro durmientes y por el hueco salió un alud de plomo que fue a chocar contra la pared del otro lado.

Benson apretó el gatillo una, dos, tres veces hacia el agujero y de la habitación llegó un grito de agonía. Luego en el interior de la cabaña reinó el silencio.

—¡Salgan de ahí! —dijo Lloyd—. ¡Salgan, les digo, o dispararé contra Max Winter!

—¡No puede hacer eso! —gritó el aludido.

—Le balearé las piernas, Max. No se preocupe. No lo voy a matar.

El labio inferior de Winter se puso a temblar mientras Benson le apuntaba con el cañón del revólver a la pierna derecha. Entonces el forajido gritó:

—¡Salid, muchachos! ¡Rápido! ¡Este tipo es capaz de dejarme cojo para toda la vida!

Se oyeron pasos en la habitación de al lado y dos forajidos aparecieron con los brazos en alto.

—¿Dónde está el otro? —preguntó Benson.

Uno de los fulanos que acababa de aparecer, el más alto de los dos, dijo por la comisura de la boca:

—Quedaron fritos ahí dentro.

—No, chicos. Sólo oí caer a uno.

—El otro estaba ya acostado y sólo tuvo que tenderse en la cama.

Sonó un estampido fuera de la cabaña y la bala entró por la ventana, yendo a estrellarse contra la lámpara que había en el techo.

Súbitamente la habitación quedó sumida en las tinieblas.

Lloyd supo lo que iba a pasar, cruzó como una exhalación hacia donde estaba Dolly y la empujó hacia el dormitorio.

La joven lanzó un grito mientras caía.

Los revólveres empezaron a crepitar, pero ya Lloyd había cambiado otra vez de sitio y disparó contra los lugares de donde habían brotado los fogonazos.

La atmósfera se llenó de gritos de muerte. Un cuerpo golpeó contra el piso.

Lloyd gateó, entrando en la habitación donde estaba Dolly y cerró la puerta pasando el cerrojo.

—¡Por la ventana, Dolly!

La ventana estaba abierta, porque por ella había escapado el tipo que disparó contra la lámpara desde fuera. El fulano apareció por el hueco con un brillante revólver en la mano, pero Lloyd le descerrajó un tiro y el pistolero se derrumbó hacia atrás.

Los forajidos que había en la otra estancia tiraron contra la puerta y la madera crujió al paso de las balas.

Dolly saltó por la ventana y Benson lo hizo a continuación.

—¡A los caballos! —gritó oyendo patear a los animales a un lado de la casa.

Las monturas estaban tras una empalizada y ninguna de ellas tenía la silla puesta.

Oyeron voces procedentes de la parte principal.

—¡Intentan escapar! ¡Han ido al establo…! ¡Vamos, muchachos, todavía somos cinco…! ¡Ya son nuestros!

Lloyd comprendió que Dolly y él nunca podrían escapar de allí sobre los caballos.

—¡Corre a la montaña, Dolly, date prisa!

La joven no se hizo repetir la orden y echó a correr hacia la oscuridad de la ladera.

Benson permaneció unos segundos inmóvil, a la espera de que apareciese el primer tipo por la esquina, pero de pronto sonó un estampido y la bala silbó muy cerca de su cabeza. Tuvo que tirarse al suelo y entonces las balas le persiguieron y él tuvo que rodar hasta encontrarse tras unas piedras.

Los pistoleros se habían dividido en dos grupos y trataban de darle caza antes de que pudiese seguir a Dolly.

Replicó vaciando el cargador de su cilindro para mantener a raya a los forajidos y cuando acabó la última bala cogió el otro revólver y echó a correr, siguiendo a la joven.

Veinte yardas más allá, se detuvo entre unos arbustos.

—¡Dolly!

No recibió respuesta.

—¡Dolly! —repitió.

Tan sólo oyó el silbido del viento y el ruido de voces que procedía de abajo, donde estaba la cabaña.

Se movió a un lado y a otro en cuclillas, trepando por entre las piedras sin importarle ser alcanzado.

De pronto casi tropezó con ella. Estaba tendida en el sucio.

—¡Dolly! —La llamó.

La joven había perdido el sentido y al pasarle un brazo por debajo de la cabeza comprendió lo que había pasado. Dolly, en su carrera, había resbalado golpeándose la sien con la arista de una roca.

La tomó en sus brazos, pero de pronto sonó un estampido y tuvo que agacharse otra vez, buscando la protección de una gran piedra. Dejó a la muchacha en el suelo y entonces oyó una carcajada.

—Eh, Benson, ¿por qué se va con tanta prisa? —Era Max Winter —. Ni usted ni ella saldrán vivos de aquí.

CAPÍTULO XIII

La joven volvió en sí, fijando los ojos en la cara de Benson.

—Oh, Lloyd, por fin estás a mi lado.

—Has de estarte quieta. Todavía no hemos salido del apuro.

—No me importa.

—Yo tuve la culpa, por pedirte que siguieses haciendo de Heidi Lewis, cuando estabas dispuesta a renunciar.

Dolly le apretó una mano, sonriendo suavemente.

—No me quejo, Lloyd. Pase lo que pase, todo ha sido muy hermoso y es lo que yo deseaba cuando salí de Kansas City.

Oyeron la voz de Max Winter:

—Eh, Benson, quiero hablar con usted.

—¿Para qué, Max?

—Es inútil que pretenda seguir manteniéndose ahí arriba. Le hemos cubierto la retirada por todas partes. Le ofrezco una solución.

—Hable.

Dolly exclamó:

—¡No le escuches, Lloyd!

—No cuesta ningún trabajo. Quizá se le ocurra algún chiste y éste es el mejor momento para que nos riamos —luego alzó la voz —: Está bien, Max.

—Estamos dispuesto a dejarlo con vida.

—¿A cambio de qué?

—De ella.

—¿Quién la quiere?

—Yo mismo, Benson.

—Le haré otra proposición, Winter. Empiecen a correr y no dejen de hacerlo hasta llegar a la frontera de México. Sólo así

salvarán el pellejo.

Max Winter soltó una risotada que fue coreada desde distintos puntos, lo cual probó a Lloyd que, efectivamente, habían sido rodeados.

—Es usted un tipo con buenas salidas, Benson —dijo Winter—. Y le aseguro que es una lástima que renuncie a la oportunidad que, generosamente, le brindamos… Ahora sólo tendrá plomo.

Benson sintió un ruido por la izquierda y vio avanzar una sombra que enseguida se ocultó tras una roca.

Preparó su revólver, apoyando el cañón sobre la superficie de la piedra.

Otra vez apareció la sombra y entonces apretó el gatillo.

Un grito de agonía se unió al gemido del viento y luego un cuerpo golpeó contra la tierra y se desplomó rodando por la ladera.

Winter habló otra vez desde abajo:

—Tiene buena puntería, Benson, pero no le voy a conceder una nueva oportunidad para que se ejercite en el tiro. Avanzaremos hacia ese lado protegiéndonos en las piedras y cuando estemos cerca los balearemos sin piedad.

Durante los cinco minutos siguientes no sucedió nada, pero Lloyd pudo oír el roce de los cuerpos. Un par de veces disparó, pero ahora no dio en el blanco porque, tal como había anunciado Winter, él y sus hombres se arrastraron amparándose en todos los accidentes del terreno.

Dolly le cogió una mano.

—Tendrás que dar la conformidad, Lloyd.

—¿Qué dices, muchacha?

—Sólo me quiere a mí. A ti te dejará libre.

—No, pequeña. El me matará sin tener en cuenta su promesa, pero, aunque tuviese la seguridad de que me iba a dejar escapar, no me rendiría. Siento arcadas sólo de pensar que ese tipejo pueda llevarte con él.

Lloyd se movió de lugar al sentir un ruido por detrás de Dolly, y la rama de un arbusto le rozó la cara produciéndole un arañazo.

Ahora todo era silencio.

Recordó aquel arbusto que le había producido la lesión y lo tocó. Estaba seco como la yesca. Se le ocurrió una idea. Dejó el revólver en el suelo y valiéndose de las dos manos cortó varias

ramas procurando no hacer ruido. Hizo una bola y sacando un fósforo le aplicó la llama. Rápidamente lanzó con todas sus fuerzas al aire el ardiente proyectil, mientras su diestra empuñaba el revólver.

La bola descendió iluminando un gran espacio de terreno. Entre dos piedras vio la cabeza de un hombre y disparó. El tipo cayó hacia atrás, la cara convertida en una máscara de sangre.

—¿Lo has visto, Dolly? —dijo Benson.

—Si.

—Haz tú otra pelota con esos arbustos.

La joven se dio mucha prisa, y luego ella misma encendió el fósforo y lo aplicó a las hojas secas.

Una nueva bola ardiente cruzó el aire, y gracias a su luz, Lloyd vio adherido a la tierra a otro de los forajidos.

Disparó sobre él una, dos veces, y el tipo se estremeció espasmódicamente, y luego quedó inmóvil.

En el nuevo silencio que siguió pudieron oír la voz de Tom Melville:

—Eh, Winter. Está acabando con todos.

—Ese Benson es muy astuto, pero no podrá conmigo. Yo seré quien lo liquide, y va a ser antes de cinco minutos. Cúbreme, Tom. No dejes de disparar con el rifle, contra el muchacho.

Las balas chocaron contra la roca tras la que se encontraban los dos jóvenes.

Lloyd fue a asomar la cabeza, pero tuvo que esconderla rápidamente, porque uno de los plomos estuvo a punto de alcanzarlo cuando destrozó una arista de la piedra.

Oyó la carrera de Max Winter y entonces él rodó por el lado opuesto al que se encontraba Dolly, quedando al descubierto, pero Melville no se dio cuenta de la maniobra, y siguió disparando al mismo lugar de antes.

Benson se detuvo de bruces en el polvo, al ver a Max Winter de pie, a menos de dos yardas, listo para hacer fuego contra él.

Fueron unos segundos en que Benson estuvo dispuesto a jurar que Max tendría tiempo para vaciarle el cargador antes de que él pudiese apretar siquiera una sola vez el gatillo.

Pero sólo fue una suposición suya ante el peligro de muerte en que se encontraba.

Oyó un estampido y el corazón le dio un vuelco cuando se dio cuenta de que había partido de su revólver.

Luego le llegó el turno a Winter, pero un segundo antes, el plomo golpeó contra su pecho y eso le quitó puntería.

Lloyd sintió que la bala le quemaba un hombro, pero luego siguió su camino incrustándose en las piedras que había a su espalda.

Por el contrario, Winter dio un traspié y se abatió dando varias vueltas de campanas antes de detenerse muy cerca de la cabaña.

Lloyd regresó rápidamente junto a Dolly, la cual se apretó contra su pecho.

Melville gritó:

—¡Acabó la partida para mí, Benson! ¡Yo me largo!

Lloyd se fue a poner en pie, pero Dolly lo detuvo.

—¿Adónde vas?

—A por él.

—Oh, no, Lloyd. Ya has hecho demasiado.

—Melville asesinó a unas cuantas personas. No puedo dejarlo en libertad. Seguiría matando en otra parte.

Besó a la joven en los labios y, poniéndose en pie, saltó por encima de una roca, emprendiendo el descenso en zigzag.

Lloyd vio cómo Tom Melville estaba colocando la silla sobre su montura tras la empalizada.

Se abalanzó sobre él y ambos cayeron al suelo rodando por el polvo.

El ex capataz sacó el revólver, pero Lloyd también tenía el suyo y apretó el gatillo.

Sólo oyó un clic clac metálico. Se le habían acabado las balas. El instinto le hizo apartar la cabeza cuando sonó el estampido al propio tiempo que aferraba la mano de su enemigo.

Otra vez rodaron de un lado a otro por la posesión del arma. Ambos empezaron a respirar jadeantes, porque ponían en la lucha todo su empeño.

El cañón del revólver se movió lentamente hasta apuntar a la cabeza de Lloyd. Para ese momento, Tom Melville sonreía triunfalmente.

—¡Largo al infierno, Benson! —dijo antes de apretar el gatillo.

Lloyd hizo un movimiento rápido con la rodilla, y eso fue

bastante para que el capataz perdiese el equilibrio cayendo hacia un lado.

El revólver se disparó.

Lloyd dejó de hacer fuerza cuando sintió que Melville relajaba los miembros. Se irguió sobre él y entonces vio al ex capataz tendido en el suelo, la frente agujereada por su parte central.

Dolly llegó corriendo a su lado y él la estrechó fuertemente contra su pecho y la besó en los labios.

Oyóse de pronto una cabalgada por el fondo del valle. Poco después llegaba a la cabaña el *sheriff*, acompañado de una veintena de hombres.

—Demonios, ¿qué significa esto? —exclamó Carson.

Benson dio un suspiro.

—Se lo contaré cuando haya recuperado el resuello *sheriff*.

Pero antes de recuperarlo besó la boca de la mujer que amaba.

Heidi Lewis, de cabello rojizo, cara pecosa, y ojos defendidos por gruesos lentes, estrechó la mano de Lloyd Benson.

—Quiero ser la primera en felicitarle por ser el nuevo dueño del rancho Doble Barra.

—¿Está segura de que quería vender, Heidi?

—Para mí hubiese sido muy pesado administrar un rancho y, sinceramente, me gusta mi profesión de maestra. Además, usted invertirá cinco años en pagarme el precio convenido y, conforme yo vaya recibiendo el dinero, lo invertiré en acciones que rindan buenos beneficios —la joven sonrió—. Les estoy muy agradecida a usted y a Dolly. Si no hubiese sido por su milagrosa intervención, es seguro que mis niños de Kansas City tendrían ahora otra mujer para enseñarles.

Lloyd sonrió a la joven y le ofreció su brazo. Ambos salieron al porche del rancho Doble Barra. Allí, bebiendo un refresco, se encontraban el *sheriff* George Carson, el juez de Grove Hill, Jim Dooley y Dolly Malone.

Heidi Lewis dijo a Dolly:

—Aquí le devuelvo a su hombre y le aseguro que puede sentirse orgullosa de él.

—Lo estoy, Heidi.

—Bueno, ¿queréis callaros de una vez…? —dijo Benson—. ¿Es que os habéis propuesto que me suban los colores?

El juez Jackson sacó una pequeña botella de *whisky* del bolsillo, y volcó una buena porción de su contenido en el refresco de grosella.

El *sheriff* dijo:

—No me lo explique, Jackson. Ya sé que es lo mejor para su riñón.

Jim Dooley se acercó a Dolly y a Benson, a quienes ofreció una pequeña caja envuelta en papel.

—Aquí está mi regalo, amigos. El pelador «La sin hueso». Gracias a él, usted, señora, podrá ofrecer las mejores patatas fritas a su esposo.

—¿Sólo patatas fritas? —dijo Benson.

—¡Lloyd! —exclamó Dolly con tono de reconvención.

Benson se echó a reír y, cogiendo a la joven en brazos, entró en la casa.

—Eh, Lloyd, ¿crees que está bien que dejemos solos a los invitados?

—Únicamente quería darte un beso a solas. Como debe ser.

Y Lloyd Benson la apretó contra sí, sellando la boca femenina con sus labios.

FIN